

#2
Julio
2022

Movimientos migratorios Sur-Sur

Fronteras, trayectorias y desigualdades

**Resistencias móviles:
luchas migrantes en
tiempos convulsos**

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Fernanda Stang
Verónica Jaramillo
Nanette Liberona
Soledad Álvarez Velasco
Amarela Varela-Huerta
María Victoria Perissinotti
Pablo Cossio
María Gabriela Rho
Jessica Paola Vargas Guzmán
Nanette Liberona
Catalina Bosch
Vanessa González
Elizabeth Andrade Huaranga
María Emilia Tijoux
Lourdes Coromoto Aldana

Boletín del
Grupo de Trabajo
Migración Sur-Sur

 **CLACSO**

Movimientos migratorios Sur-Sur : fronteras, trayectorias y desigualdades : resistencias móviles : luchas migrantes en tiempos convulsos no. 2 / Fernanda Stang... [et al.] ; coordinación general de Ana Inés Mallimaci... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2022.
Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-262-4
1. Mujeres. 2. Personas Migrantes. 3. Feminismo. I. Stang, Fernanda. II. Mallimaci, Ana Inés, coord.
CDD 304.808



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora
Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,
Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Coordinadorxs

Ana Inés Mallimaci
Instituto de Ciencias Sociales y Administración
Universidad Nacional Arturo Jauretche
Argentina
anamallimaci@gmail.com

Fernanda Stang
Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Juventud,
Departamento de Sociología
Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez
Chile
fstang@ucsh.cl

Thales Speroni Pereira Da Cruz
ELA - Departamento de Estudos Latino-Americanos
Universidade de Brasília
Brasil
thalesperoni@gmail.com

Coordinación y edición del número:

Fernanda Stang Alva
Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Juventud (CISJU)
Universidad Católica Silva Henríquez (UCSH)
Chile
fstang@ucsh.cl

Verónica Jaramillo Fonnegra
Consejo Nacional de Ciencia y Técnica (CONICET)
Instituto de Justicia y Derechos Humanos
Universidad Nacional de Lanús (UNLa)
Argentina
vjfonnegra@unla.edu.ar

Nanette Liberona Concha
Departamento de Antropología y Doctorado en Ciencias Sociales
Universidad de Tarapacá (UTA)
Chile
nliberonac@gmail.com

Coordinación general del Boletín

Denise Zenklusen
Centro de Investigaciones y Transferencia de Rafaela (CONICET y UNRaf)
Facultad de Cultura Educación y Conocimiento, UNRaf
Argentina
denisezenklusen@gmail.com

Gisela P. Zapata
Centro de Desenvolvimento e Planejamento Regional (CEDEPLAR)
Universidade Federal de Minas Gerais (UFMG)
Brasil
gpszapata@gmail.com

Las opiniones vertidas en los artículos que componen esta publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores, y no representan necesariamente las de las editoras y coordinadoras del Boletín, ni las de CLACSO.

Contenido

- 5 Introducción**
Fernanda Stang
Verónica Jaramillo
Nanette Liberona
- 8 En movimiento, luchando por sus vidas**
Soledad Álvarez Velasco
- 15 Ninguna persona es ilegal y, mucho menos, “desechable”**
Amarela Varela-Huerta
- 23 Trabajar para vivir, organizarse para existir**
Mujeres migrantes y economía popular en Argentina
María Victoria Perissinotti
- 29 ¿Qué pasaría si les migrantes que habitamos la Argentina paramos?**
La experiencia organizativa del Bloque de Trabajadorxs Migrantes
Pablo Cossio
María Gabriela Rho
- 37 Organización sociopolítica**
Estudiantes Migrantes.
Universidad de Buenos Aires (EsMiUBA)
Jessica Paola Vargas Guzmán
- 44 La urgencia de asambleas abiertas en las regiones fronterizas del norte de Chile**
Nanette Liberona
- 50 Las existencias y resistencias desde las organizaciones sociales de comunidades migrantes y refugiadas en Chile**
Catalina Bosch
Vanessa González
- 57 Luchas migrantes y feminismo**
Crónica de una confluencia, a dos voces
Elizabeth Andrade Huaranga
Fernanda Stang Alva
- 63 “Trabajar con el corazón y alborotar el avispero”**
La resistencia al racismo de Lorena Zambrano
María Emilia Tijoux
- 69 Relato de una migranta en Naranjito**
Del reciclaje a otras luchas
Lourdes Coromoto Aldana

Introducción

Fernanda Stang*
Verónica Jaramillo**
Nanette Liberona***

Una pandemia mundial que ya lleva más de dos años, crisis socioeconómicas y políticas profundas, violentas en algunos casos, revueltas populares; el mundo en general, y nuestra región en particular, viven tiempos convulsos, que también alcanzan a los procesos migratorios, los motivan o intentan impedirlos, y le imprimen sus formas, recorridos y ritmos. Algunos de estos movimientos migratorios adquieren mayor visibilidad, por la cantidad de personas y territorios que involucran, como el venezolano. Otros toman la forma de “éxodos silenciosos”, como el de personas haitianas hacia América del Norte. Pero sea que se vean más o menos, que la agenda mediática les preste más o menos atención, todos estos procesos migratorios están marcados por vulneraciones y situaciones de dolor y violencia, que ponen en entredicho las condiciones para la dignidad humana. En general, se ha tendido a poner el foco en esas situaciones, tanto en la cobertura periodística como en el trabajo

* Co-coordinadora Grupo de Trabajo CLACSO Migración Sur-Sur.

** Investigadora en el Consejo Nacional de Ciencia y Técnica (CONICET). Instituto de Justicia y Derechos Humanos de la Universidad Nacional de Lanús (UNLa)

*** Investigadora del Departamento de Antropología y Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Tarapacá (UTA).

científico. Las razones son bastante lógicas: la urgencia interpela a mirar, analizar, reflexionar.

Aunque menos abordadas, las luchas y resistencias migrantes han ido ganando atención y trabajo en los años recientes, de la mano de perspectivas como la de la autonomía de las migraciones. Así, se han estado investigando tanto formas de organización directamente relacionadas con la situación de extranjería (las luchas de los “sin papeles”) como otras que la exceden (por ejemplo, aquellas cuya demanda es el derecho a la vivienda y la ciudad), y tanto aquellas que adoptan formas colectivas de organización como esas otras acciones micropolíticas de la vida cotidiana que también suponen formas de subvertir o resistir, como eludir el control estatal para sostener la vida en la irregularidad, o emprender una travesía de kilómetros para cambiar unas condiciones de vida insostenibles, como ocurre con las caravanas que recorren el continente de sur a norte.

“En un momento así de violento como el presente contemporáneo que se desenvuelve en nuestro continente (...), migrar es primordialmente un acto de resistencia existencial y político”, dice Soledad Álvarez Velasco en uno de los textos incluidos en esta publicación. Este segundo número del Boletín *Movimientos migratorios Sur-Sur. Fronteras, trayectorias y desigualdades*, editado y publicado por el Grupo de Trabajo de CLACSO Migración Sur-Sur, está dedicado a esas luchas y resistencias, relatadas y analizadas a dos voces: las de los migrantes organizados, y las de los académicos que trabajan sobre-con ellos, a partir del convencimiento sobre la necesidad, y el deber ético-epistemológico, de una complementariedad de los saberes y saberes-haceres. O, como sostiene Amarela Varela Huerta, otra de las autoras que escribe en este número, el convencimiento “en la necesidad de una política de autorrepresentación radical, una política de la escucha afectiva y efectiva de las epistemes migrantes”. Lo hace, además, en un registro que procura romper los encorsetados cánones de la escritura académica.

Desde el espacio sudamericano hasta el corredor Centroamérica-México; desde las respuestas organizadas ante la pandemia hasta las de

estudiantes migrantes en la universidad, pasando por las construidas en torno a la figura del trabajador, o por el derecho a la vivienda; desde las resistencias a los racismos hasta la articulación de trayectorias dirigenciales con el movimiento feminista; desde las caravanas a las asambleas; desde la relación entre respetabilidad e involucramiento político hasta la premisa epistemológica y ética de la autorrepresentación radical. Los artículos que forman parte de este segundo número de nuestro Boletín constituyen, a la vez, un texto polifónico y una pluralidad de miradas sobre las luchas y resistencias migrantes que, sin desconocer la gravedad de las realidades que se abordan, y sin perder de vista la necesaria medida reflexiva, puedan también dejar emerger una imprescindible dosis de esperanza.

En movimiento, luchando por sus vidas

Soledad Álvarez Velasco*

Luchar deriva del latín *luctari*, que significa combate *cuero-a-cuerpo*. El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define a este verbo como “disputar, bregar, abrirse paso en la vida”, y al sustantivo *lucha* como un “esfuerzo que se hace para resistir a una fuerza hostil, subsistir o para alcanzar algún objetivo”.

Migrar es luchar. Es emprender un desplazamiento espacial y temporal que implica resistir a hostilidades y desplegar múltiples estrategias para alcanzar así al menos un objetivo común para quienes emprenden esa lucha: transformar sus condiciones de subsistencia. En el acto de migrar hay efectivamente un combate *cuero-a-cuerpo*. Son cuerpos con biografías particulares los que se ponen en movimiento; son trayectorias de vida en ruta; son memorias que se sostienen de generación en generación de migrantes; son acumulaciones de conocimiento y pensamiento, de emociones y sentidos que también se trasladan. Son corporalidades diversas en edades, razas, clases, géneros y nacionalidades que pugnan por sostener sus vidas desde el instante mismo en que salen de sus lugares de origen voluntaria o forzosamente. Esos cuerpos no se desplazan

* Profesor Junior de "Migración y las Américas" en el Centro de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Heidelberg. savgesoil@gmail.com

en el vacío: por tierra, mar y aire atraviesan múltiples territorialidades en el continuo encuentro y desencuentro con otros cuerpos.

La migración es una lucha que sucede a través del tiempo y del espacio, y entre tiempos y espacios. Por eso, la movilidad migrante que trasciende fronteras teje espacios transnacionales, interconectando así a lugares distintos y tan distantes. Esa lucha es colectiva: involucra a quien encarna la migración, a su familia, a su comunidad de origen, a la que se construye en el tránsito y en el destino. Bregar en la cotidianidad es el sino de la lucha migrante; bregar con la nostalgia de la partida, de la despedida, de la pérdida, de la nostalgia por el lugar de origen; con una nueva lengua, con otros códigos sociales y culturales, otro paisaje, otros sonidos, otros cuerpos y, sobre todo, con la implacabilidad que tiene la extranjería y el hecho de encarnar irremediablemente a la *otredad* siendo el no nacional, una *otredad* casi siempre estigmatizada, racializada, discriminada, violentada y marginada.

Migrar es un combate encarnado en cuerpos que se reconfiguran entre espacios de origen, tránsito y destino; que asumen nuevas identidades; que adoptan nuevas lenguas y nuevos hogares en nuevos territorios sin importar autorizaciones estatales de residencia o membresía legalizada. Migrar es batallar por subsistir al menos entre dos latitudes, muchas veces entre dos lenguas, es convivir en la simultaneidad del aquí y el allá, con la doble pertenencia y la presencia siempre ausente en el lugar de origen. Es una resistencia diaria entre, por y a través de fronteras sociales, lingüísticas, legales y estatales. Esas fronteras sobre todo se resienten y se resisten durante la travesía, es decir, en el medio del tránsito. Es en ese momento del proceso migratorio, cuando se hacen presentes las fronteras estatales y sus agresivos mecanismos de control impuestos en su intento ilusorio de detener la potencia del movimiento que nos determina como seres humanos y que ha formado y transforma el mundo que conocemos.

Nuestro presente es el de la lucha migrante. El último *Informe Mundial sobre las Migraciones* (IOM, 2022) confirma que desde 1970 el número de migrantes internacionales ha tenido un sostenido incremento a

escala global. En ese entonces, 84 millones de personas vivían fuera de sus países de origen, cifra que para el 2019 alcanzó los 272 millones. La devastación socio-económica de los tiempos pandémicos provocó un aumento adicional de 9 millones: al cierre del 2020, el total de migrantes internacionales fue de 281 millones, prácticamente el 4% de la población mundial. En las últimas cinco décadas el desplazamiento forzado también incrementó.

El *Reporte Global de Desplazamiento Forzado* (ACNUR, 2020) señala que, en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, 60 millones de personas fueron forzadas a salir de sus países de origen; hoy son 82 millones. De ese total, 48 millones se han desplazado internamente en sus propios países, el resto ha cruzado fronteras buscando refugio.

¿América Latina está siendo transformada por esas movilidades, que son luchas por sostener las vidas migrantes? En la última década, el número de personas migrantes que llegaron a la región aumentó en un 66% y el número de latinoamericanos que salió de su país de origen aumentó un 26%, alcanzando los 43 millones de personas (PNUD, 2020). Además, la migración forzada no ha cesado. Alrededor de 8,6 millones de desplazamientos internos tuvieron lugar principalmente en Colombia, México, Brasil y varios países de Centroamérica y el Caribe; más de medio millón de personas de Guatemala, Honduras y el Salvador salieron en ruta a los Estados Unidos en busca de protección internacional, al igual que un éxodo de aproximadamente 6 millones de personas venezolanas, entre las cuales miles buscan refugio en el Caribe, los países andinos, el Cono Sur o el Norte de las Américas. Por otro lado, entre 1985 y 2021 el conflicto armado colombiano ha producido más de 9 millones de personas desplazadas forzadas, según datos recientes del Informe de la Comisión de la Verdad, cifra que apenas es una aproximación (Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, 2022), y de la cual 400.000 han sido reconocidas como refugiadas principalmente en Ecuador, Panamá, Chile y otros países del mundo (ACNUR, 2020); más de 80.000 personas nicaragüenses buscaron asilo en Costa Rica, Panamá y otros países vecinos, y se registraron alrededor de 9 millones de nuevos desplazamientos relacionados con desastres en el Caribe, junto

con el aumento de solicitantes de asilo principalmente de Haití y Cuba (OIM, 2022).

No solo las migraciones forzadas de personas caribeñas y latinoamericanas se han multiplicado en esos años, sino las de africanas y asiáticas que, aunque no son grandes en número, han llegado al continente en muchos casos también buscando protección internacional. Es así como los migrantes transcontinentales han emprendido largas travesías desde África o Asia para entrar en América y solicitar refugio en los primeros países sudamericanos de acogida, generalmente Brasil, Argentina o Ecuador. Algunos se han asentado en esos primeros países, mientras que otros han decidido transitar hacia el norte en otro periplo continental, cruzando las fronteras sudamericanas y centroamericanas para llegar a México, Estados Unidos o incluso Canadá, en busca de refugio.

Esas cifras y tendencias contemporáneas señalan la rápida expansión actual de los conflictos y la violencia a escala global y regional, y sus interconexiones espaciales y temporales. Mientras que las personas migrantes africanas y asiáticas se ponen en movimiento para huir de zonas de guerra, persecución religiosa, política, de género y terrorista, las del Caribe y América Latina escapan de contextos cada vez más complejos donde coexisten entramados de violencias. Además de la violencia de la pobreza, la injusticia social y la desigualdad, dependiendo de sus países de origen, se enfrentan también a la inestabilidad política y la violencia estatal, a la violencia criminal en contextos rurales y sobre todo urbanos, a los conflictos armados, a la violencia patriarcal y los feminicidios, al racismo y acoso racial, y a las violentas disputas territoriales en torno a las economías extractivas. A nivel mundial, América Latina no solo es la región más desigual sino la más violenta del mundo entre las que no experimentan una guerra explícita. Por eso, las movilizaciones que tienen lugar a través de las fronteras latinoamericanas son una clara muestra de las luchas migrantes contemporáneas; luchas para salvar vidas migrantes frente a esos entramados de violencias compartidas.

Las luchas migrantes que se multiplican hoy por el continente, como insiste Amarela Varela (2015), son entonces formas de acción latente o

manifiesta, colectiva o individual, subjetiva o comunitaria, que practican personas migrantes, solicitantes de asilo o refugiadas en momentos concretos para defender sus vidas ante esos complejos entramados de violencias que se expanden en América Latina. Quienes luchan hoy por las rutas que configuran los corredores migratorios de las Américas son adultos y menores de edad con diversidades sexo-genéricas, pertenencias étnicas, orígenes de clase y nacionalidades distintas. Son familias con parentesco biológico o social auto-convocadas, madres solteras, mujeres embarazadas y personas con discapacidades. En ese combate cuerpo-a-cuerpo, ellos confrontan y negocian con múltiples actores que ejercen control como agentes migratorios, policías y militares, o actores paraestatales como *coyotes*, miembros del crimen organizado, paramilitares, o habitantes de a pie que también ejercen otras formas de violencia.

Como estrategia de protección, *cuerpo-a-cuerpo*, de manera manifiesta, en grupos o en caravanas, en familias nucleares, extendidas o configuradas espontáneamente, las personas migrantes avanzan y paran en ruta. El contraste es radical entre la violencia y la solidaridad: se han creado albergues de la sociedad civil para dar refugio, alimento y sostén emocional. Las comunidades migrantes en ruta, y casi siempre digitalizadas, han recolectado conocimiento para cruzar fronteras y cuidarse; su cuidado se materializa en viviendas compartidas, cocinas comunitarias, en compartir los costos de vida, los empleos temporales, ambulantes y callejizados, el pago a *coyotes* o a transportistas. Colectivamente montan y desmontan hogares en carpas de plástico, en estaciones de buses, parques o en atrios de iglesias; llevan bolsas, empujan sus deshilachadas maletas o coches donde han empacado lo que resta de su vida pasada. Juntos van curando las heridas físicas que deja el camino, mientras el relato común les permite aligerar su carga emocional. Así es como configuran territorios de solidaridad y protección en movimiento para sostener su vida.

Por todo esto, las luchas migrantes son una fuerza social contingente que responde ante las violencias sistémicas y al régimen de control fronterizo que irregulariza ese movimiento en su insistencia por controlarlo. Les

migrantes despliegan prácticas de solidaridad y de cuidado que constituyen su lucha espacial por un lugar seguro y digno donde preservar sus vidas; lucha que hoy moldea los corredores de tránsitos migratorios que recorren al norte y al sur las Américas. Es la lucha por existir y no desaparecer en ruta, por tener una nueva existencia propia en el destino, y por no desaparecer tampoco de la memoria del lugar de origen.

La migración y todos los peligros que acompañan esa lucha espacial que hoy transforma las Américas nos obligan a cuestionar estos presupuestos nacionales/estatales, ya que esos combates *cuero-a-cuero* ocurren esencialmente a través de las fronteras de los Estados y esas disputas desestabilizan el supuesto control estatal y ponen en cuestión los límites de la ciudadanía anclada a lo nacional. Para entender lo que está en juego en las luchas provocadas por la migración es necesario ir más allá de los marcos convencionales de la lucha como confinada dentro de las fronteras de los estados-nación y, por lo tanto, dentro de los parámetros del nacionalismo metodológico.

En un momento así de violento como el presente contemporáneo que se desenvuelve en nuestro continente, migrar no puede comprenderse solo como una reacción ante las difíciles condiciones de vida en los países de origen, y menos aún solo como un desplazamiento espacial desde el lugar de origen a otro de destino; migrar es primordialmente un acto de resistencia existencial y político. En tanto la reproducción de esas violencias no cese, las luchas migrantes se multiplicarán como sino de un momento histórico colapsado que clama por transformaciones radicales. La solidaridad, también radical, con esa lucha social contemporánea, debería amplificar una disputa continental.

REFERENCIAS

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) (2020). *Global Report 2020*. En línea: <https://reporting.unhcr.org/sites/default/files/gr2020/>

pdf/GR2020_English_Full_lowres.pdf#_ga=2.106110787.1515296170.1645611894-1402176922.1645611894

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (2022). *La Colombia fuera de Colombia Las verdades del exilio*. <https://www.comision-delaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>

OIM (Organización Internacional para las Migraciones). “Migration Data in the Caribbean”. En línea: <https://www>.

migrationdataportal.org/regional-data-overview/migration-data-caribbean.

PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (2020). *El potencial de la migración en América Latina y el Caribe*. En línea: <https://www.undp.org/es/blog/el-potencial-de-la-migración-en-américa-latina-y-el-caribe>

Varela Huerta, Amarela (2015). “Luchas migrantes”: un nuevo campo de estudio para la sociología de los disensos. *Andamios*, 12(28), 145-170.

Ninguna persona es ilegal y, mucho menos, “desechable”

Amarela Varela-Huerta*

En solidaridad con las familias de las personas migrantes asesinadas en Melilla y en Texas

Preludio

Es jueves santo y, en México, este país guadalupano, la vida se paraliza para conmemorar la mística cristiana en las iglesias de capitales y comunidades rurales, o para abarrotar las playas que no requieren “pasaporte sanitario” para criollos, mestizos y esprinbreakers. Mientras tanto, viacrucis de por medio, las fronteras en el norte y sur de México siguen cerradas para los fugitivos de la miseria, de la violencia, de los micro-machismos y prácticas patriarcales, del cambio climático o del extractivismo que persisten incluso en el modelo del buen-vivir de los gobiernos que prometieron respetar los derechos de la madre tierra.

Me complace muchísimo escribir este texto breve para el dossier especial sobre luchas migrantes. Creo que partir del desafío de pensar las

* Profesora/investigadora en la academia de Comunicación y Cultura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México. amarela.varela@uacm.edu.mx

resistencias móviles o las luchas migrantes en tiempos convulsos es una forma de futurabilidad concreta; eso de futurabilidad es la forma en que filósofos como Franco Berardi “Bifo” definen la pluralidad de posibilidades de futuro inscritas en el presente. El futuro es hoy y, al mismo tiempo, es la imagen que nos construimos cual proyecto. Por eso, escribir sentipensando con otras qué es eso de las luchas migrantes y cómo podemos leerlas en tiempos de COVID-19 es, desde mi perspectiva, una práctica de vida en clave de imaginación teórica y política, que es necesario anteponer al antropoceno o el fin de muchos mundos y formas de vida como las conocemos y nos las contaron. Pensar las luchas de migrantes es una manera de plantar cara al mundo, al capitalismo y al patriarcado y sus pulsiones de muerte, esas que hoy nos tienen a todes subsumidos en la zozobra.

No presento en este breve ensayo una experiencia concreta de lucha o sumas de prácticas de vida de personas migrantes o familias de refugiadas, tal y como nos convocaron las curadoras de este compendio. Y no lo hago porque una de las manifestaciones de las formas convulsas de este presente pandémico es que llevo, como muchas otras intérpretes, más de dos años sin tocar campo, rutas, vías, albergues, sin olerlo, sin sentipensar cara a cara, cuerpo a cuerpo con otras y otros la vida en los corredores migratorios que juntan América Latina con Estados Unidos y Canadá. Sí que, como muchas, he hecho entradas y salidas de “terreno” brevísimas, pero no etnografía de largo aliento, investigación acción sentipensante, que es como, en mi experiencia, mejor se comprenden las realidades habitadas y estudiadas.

Además, lo decidí hace tiempo, me parece que narrar experiencias de resistencia le toca a las propias personas migrantes. Contar su historia, reflexionar sobre sus saberes y formas de atravesar territorios, conflictos, tramas de vida y trampas de muerte (todo ello a lo que hemos llamado *epidemiología popular migrante*¹), es un patrimonio de quien lo vive

¹ Con Soledad Álvarez hemos pensado esta categoría que hace referencia a prácticas para afirmar la vida en el presente necropolítico pandémico, formas de cuidado gestadas por migrantes, sobre todo mujeres en tránsito, que han emigrado solas o en familia, en tiempos de COVID-19. Véase Álvarez y Varela (2022).

encarnadamente, es decir, los sujetos y sujetas migrantes y refugiadas, deportadas y desplazadas. Y ahí es donde comienza mi reflexión, en la necesidad de una política de autorepresentación radical, una política de la escucha afectiva y efectiva de las epistemes migrantes que la virtualización hace posible, y que nos interpela a intérpretes y amplias audiencias para que les escuchemos atentamente.

Las **memorias de las luchas migrantes** han de ser contadas sobre todo por sus protagonistas, escuchadas por la comunidad académica y reconocidas por las sociedades como memorias de luchas que configuran y engordan la memoria popular sobre los pactos sociales que proponemos para detener la intemperie neoliberal. Lo he escrito antes: intuyo que para revertir el desamparo del presente tenemos los saberes y saberes hacer, las historias y las memorias de las personas migrantes que, en colectivo, o como batallas micropolíticas y desde lo propio y cotidiano, sostienen las venezolanas en Bogotá, las niñas y niños haitianos en Tijuana, los migrantes transgénero en Tapachula o las familias mexicanas desplazadas en Texas. Ese territorio que vio asfixiarse a medio centenar de latinoamericanos que intentaban labrar una vida que se pueda vivir².

Esta política de autorepresentación radical nos serviría para reconocer una de las premisas principales de las luchas migrantes: quienes migran son ciudadanes, transnacionales, sujetos políticos que, a pesar de tener la membresía política negada, desbordan la concepción liberal de la ciudadanía como dispositivo de derechos, para convertirla en un intersticio que permite pensar los pactos sociales más allá de las fronteras nacionales, junto a otras luchas campesinas, indígenas, populares, sindicales, feministas, gays, lesbianas y transgénero, estudiantiles, de las

² El 28 de junio de 2022, por la madrugada, se reportó el hallazgo de un tráiler repleto de cuerpos inertes, migrantes irregularizados por las políticas de extranjería en Estados Unidos. Cincuenta personas murieron de asfixia, dentro de ese tráiler que polleros y agentes estatales de México y Estados Unidos descubrieron al ser alertados por ciudadanos de la zona. El presidente mexicano reconoció que, de entre los 50 fallecidos, 22 eran de México, 7 de Guatemala, 2 de Honduras y que de 19 cuerpos aún no se contaba con información. Los medios reportaron que había 4 menores de edad entre los difuntos. Corrijo este texto intentando que la escritura vehicule la rabia, el hartazgo. La sensación de asistir en directo a un genocidio. Véase: <https://bbc.in/3y3t2Vq>.

comunidades de cuidado que maternan, de las búsquedas de familiares desaparecidos.

Y esta premisa, la de **otras políticas de representación**, nos lleva a la que propongo como la tesis central de este breve ensayo. Se esparce por entornos académicos y artísticos globales, en narrativas periodísticas y en las redes sociodigitales, pero también en nuestras ciber-asambleas o en las reuniones nocturnas de los colectivos de migrantes (según cuentan compañeras), la *idea trampa* de que las vidas migrantes son “desechables”.

El origen de pensar la vida de las personas que migran como desechable puede seguramente genealogizarse en diversas formas, tantas como el uso que cada intérprete ha hecho de ella. Desde mi experiencia, deviene del uso del marco teórico de la necropolítica (necro, muerte / política, gobierno) propuesto por el pensador camerunés Achille Mbembe, que desde hace más de una década llegó traducido al castellano a nuestros entornos académicos y activistas. Y que, sobrepuesta a la idea de un gobierno global de las migraciones, nos permitió pensar una *gubernamentalidad necropolítica de las migraciones*, que es como muchas intérpretes leemos la apuesta/fantasia de organismos supranacionales, mercados globales y gobiernos nacionales y locales por una migración “segura, ordenada y regular”.

Así, la noción de “vidas desechables”, puesta en conjunción con los dispositivos para una necropolítica migratoria, contribuyó a esta forma de nombrar la violencia de Estado neoliberal y patriarcal con la que se gobiernan las migraciones legal y paralegalmente.

Me parece que, originalmente, recurrimos a esta figura o imagen de vidas que se consideran “desechables” en un intento para develar de manera aún más compleja la premisa de que hay personas cuyas vidas y muertes no son consideradas dignas de indignación pública cuando se vulneran sus existencias y que, por lo tanto, tampoco exigen protección alguna de la comunidad política donde habitan.

Sin embargo, y contrario a esta idea, al usar esa metáfora sobre la desechabilidad queríamos resaltar que *todas las vidas nos importan*, y completar con ello el imaginario político de que *ninguna persona es ilegal*. Partíamos de la certeza de que hay una construcción estatal y social de la ilegalidad de esas personas en movimiento. Un aprendizaje que sintetizaron, entre muchos otros, Cecilia Menjívar y Leisy Ábrego (2012) o Nicolás De Génova (2003): las personas migrantes no son ilegales, sino que están ilegalizadas por leyes, reglamentos y dispositivos imaginados y consolidados por empresarios y jueces, abogados y legisladores, todos ellos asociados de diversas maneras para mantener en las sombras a trabajadores indocumentados que, precisamente por eso, se convierten en hiperexplotables para el capital.

El problema es que esta forma de pensar la existencia “desechable” o “excedente” para el sistema capitalista contemporáneo se convirtió en un adjetivo calificativo muy popular entre estudiantes, intérpretes, periodistas, artistas y, en ocasiones, incluso entre las propias personas migrantes, que escriben, piensan, representan o subliman artísticamente la experiencia de migrar. Abundan desde mi perspectiva los usos de esta noción bien compleja, que amenaza con naturalizarse.

Entonces, en tanto que el lenguaje es performativo, la pregunta que cabe aquí es si nosotras mismas, nuestros hijos, nuestros estudiantes, nuestras comunidades no son para nosotras “desechables”, ¿por qué hacemos eco de que los migrantes si lo son? Ninguna persona es ilegal y, mucho menos, “desechable”. Las personas no son desechables, no nacen desechables, sino que son “desechabilizadas” por el sistema capitalista y patriarcal que hoy gobierna la humanidad y la naturaleza.

Las consecuencias de esta desechabilidad son la descuidadización³ no solo de personas migrantes sino de personas que no se desplazan,

³ Hugo Moreno (2014) propuso esta categoría cuando estudió las maras en América Central, a los jóvenes y al juvenicidio. Descuidadización se refiere al proceso en que personas con derechos humanos son convertidas en subjetividades políticas sin accesibilidad real a los derechos reconocidos en leyes y tratados, incluso cuando estas subjetividades son atravesadas por el así llamado “régimen de excepcionalidad”, por considerárseles un “riesgo” para la seguridad de una comunidad política.

pero cuyas vidas son producidas como vulnerabilizadas: niñas y niños, jóvenes, mujeres y ancianos, personas con capacidades especiales, vamos, la amplia mayoría de las poblaciones en el mundo.

Por eso, propongo, nos conviene pensar con densidad, *extrañarnos*, empezar a desnormalizar la idea de que hay poblaciones que sobran. Si la desechabilidad es una forma de espectacularizar la violencia de estado, de mercado y patriarcal, que además barbariza a las personas migrantes, propongo dudar de los discursos que nos desechabilizan, primero a les migrantes y luego a todas las subjetividades atravesadas por opresiones que se intersecan.

Porque, como dice Angela Davis, una maestra de la comunidad afrodescendiente del otro lado del muro, que se opone a la industria del encarcelamiento masivo en ese norte y a la desechabilidad de seres humanos, además de reconocer las opresiones que se intersecan hasta catalogar la existencia de seres humanos como “desechables”, hemos de encontrar, de construir o de sostener formas de lucha, prácticas de desobediencia interseccionadas. Y acá la pregunta, como siempre, desborda el clásico ¿qué hacer?, para interpelarnos a reflexionar en torno a ¿cómo hacerlo?

Como dije ya, creo que pensar juntas sobre luchas migrantes en tiempos convulsos es una forma concreta de hacer *activismo epistemológico*, de dudar en común, de proponer otras imágenes y palabras para nombrar el mundo. Otras formas concretas para abonar pistas a la pregunta sobre el cómo, desde mi experiencia, serían la escucha activa, poner en el centro las voces migrantes para desplegar la imaginación política que proponga otras formas de nombrar las violencias sin desciudadanizar a las personas.

Considero pues que nos urge leer sin “desechabilizar” esas vidas y experiencias, discutir, pensar en común cómo nombrar las heridas coloniales, patriarcales y sexistas, racistas y clasistas, adultocéntricas y heteronormadas que se imponen a la vida de las personas migrantes, a sus comunidades, a las sociedades a las que pertenecen.

Necesitamos otras formas para nombrar y denunciar esta desechabilidad de vidas y personas de una forma más compleja, pues el lenguaje instituye o restituye según se use. Por eso, considero que vale la pena insistir en que ninguna vida es desechable. Las luchas populares en tiempos de COVID-19 nos han reafirmado que todas las vidas merecen ser honradas (lloradas), cuidadas y celebradas.

No hay respuestas, sino apenas (creo) vamos pudiendo pensar preguntas comunes. Lo que me parece importante reconocer es que *No estamos solas, nos tenemos las unas a los otros*, como dice Adriana Garriga-López (2022) cuando piensa el Puerto Rico contemporáneo y los efectos del colonialismo estadounidense. Y hago eco de ella para pensarnos como y entre migrantes y sociedades expulsoras-receptoras-transitorias-de retorno también.

No estamos solas, tenemos los saberes de migrantes y refugiadas para reconstruirnos. No estamos a la intemperie, disponemos de las luchas de migrantes y de los feminismos migrantes, negros, decoloniales, comunitarios, prietos y en construcción, para sostener, imaginar y construir futuros con vidas que se puedan vivir y celebrar en consonancia con la Madre Tierra. Y sobre ello, las luchas migrantes tienen mucho que decir, escuchemos.

REFERENCIAS

- Álvarez Velasco, Soledad y Varela-Huerta, Amarela (2022). "En el camino, ¿si nosotras no cuidamos, ¿quién entonces?". *Mujeres, epidemiología popular migrante y economía del cuidado en los corredores migratorios de las Américas en tiempos de COVID-19. Tramas y Redes*, (2), 23-53.
- De Génova, Nicolás (2003). La producción legal de la "ilegalidad" migrante mexicana. *Estudios migratorios latinoamericanos*, 17(52), 519-554.
- Garriga-López, Adriana María (2020). Debt, Crisis, and Resurgence in Puerto Rico. *Small Axe: A Caribbean Journal of Criticism*, 24(2), 122-132.

Menjívar, Cecilia & Ábrego, Leicy (2012). Legal violence: Immigration law and the lives of Central American immigrants. *American Journal of Sociology*, 117(5), 1380-1421.

Moreno, Hugo (2014). Desciudadanización y estado de excepción. *Andamios, Revista de Investigación Social*, 11 (24), 125-148.

Trabajar para vivir, organizarse para existir

Mujeres migrantes y economía popular en Argentina

María Victoria Perissinotti*

Hacía más de dos horas y casi dos kilómetros que veníamos conversando al calor de los redoblantes y tambores, envueltas en banderas de la UTEP (Unión de Trabajadores de la Economía Popular) iguales a las que varias de nosotras intentábamos sostener lo más alto que nos daban los brazos. De todas las marchas a las que había asistido junto a Clara y las mujeres que acompañaban su trabajo como referenta territorial de barrio Rancagua, esta era sin dudas la más numerosa. Ocurre que era una marcha importante: se conmemoraba el segundo aniversario de aquella masiva movilización del 7 de agosto de 2016, en la que las distintas organizaciones nucleadas en la UTEP habían marchado 13 kilómetros por el centro de la ciudad de Buenos Aires pidiendo por “Techo, Tierra y Trabajo”. Clara, al igual que muchas de las otras mujeres peruanas que había conocido durante mi trabajo de campo en la ciudad de Córdoba, habían viajado a la capital nacional para participar de esa emblemática

* Instituto de Antropología de Córdoba (IDACOR, CONICET y UNC). vperissinotti@gmail.com

movilización, engrosando las columnas que agrupaban a más de 100.000 trabajadores y trabajadoras, muchos de ellos, migrantes.

Sobre aquella movilización veníamos conversando con Guada, una de las mujeres que trabajaba con Clara, cuando me empezó a contar sobre la actividad del jueves anterior: finalmente habían inaugurado el comedor en el salón comunal. Desde hacía más de un año, entre todas sostenían la copa de leche en la que tres veces por semana preparaban la merienda a más de 35 chicos del barrio. Pero, en el contexto de crisis económica que estábamos viviendo durante ese julio de 2018, que había dejado a más del 25% de la población por debajo de la línea de pobreza, con las meriendas solamente no alcanzaba y los vecinos les habían empezado a preguntar sobre la posibilidad de abrir también un comedor que les ayudase con la cena de los niños. Como referente territorial de la UTEP, Clara había receptado el pedido y se lo había comunicado a Agustín, su dirigente inmediato en la organización. Tras varias semanas de insistencia, Agustín le comunicó que habían contemplado el pedido y que les iban a bajar más cantidad de mercadería y algunas garrafas de gas. Y así, el jueves previo a la marcha, finalmente habían inaugurado el comedor “Pancitas calientes”, sirviendo a los 45 niños que fueron, un plato de guiso de lentejas.

“No sabés cómo se puso la Clara”, me contó Guada. “Se emocionó muchísimo, lloraba desconsoladamente. Nosotras la abrazamos y, cuando pudo volver a hablar, dijo que estaba muy emocionada de ver que estos eran los frutos de las semillas que ella viene plantando desde hace tanto tiempo. Nos hizo emocionar a todas”. Escuché el relato de Guada con piel de gallina; aunque yo no había podido estar presente el día de la inauguración del comedor, me pude representar perfectamente la escena: en muchas otras oportunidades había visto a Clara, y a otras de las mujeres peruanas que acompañé durante mi trabajo de campo, emocionarse hasta las lágrimas en situaciones como estas.

Una de las escenas vividas un par de días antes con Marta -referente territorial de la UTEP en barrio Sabattini- me daba pistas para darle un lugar a la emoción de Clara al inaugurar el comedor. Aquel día, Marta y

yo estábamos sentadas en la mesa del patio junto a sus hijas, sus nietos y nietas y Neli (una de las mujeres que trabajaba en el merendero), haciendo la rendición contable de una pollada, una comida peruana que las vecinas habían vendido para juntar dinero para los trámites de la inscripción de su organización como asociación civil. Desde que conocí a Marta, en agosto de 2012, formalizar el grupo de mujeres con el que trabajaba en el barrio era uno de sus anhelos más grandes; anhelo que seis años después parecía cada vez más próximo. Por eso, cuando ese día terminamos de contar el dinero de la pollada, todas nos pusimos muy contentas: el éxito de la recaudación las dejaba muy cerca. Darle una personería jurídica al grupo de más de 20 vecinas con el que Marta venía trabajando desde hacía tantos años les iba a permitir, entre otras cosas, empezar a aplicar a diversos programas estatales (el más deseado por ellas en ese momento era el “Salas Cuna”, un programa provincial que construye y sostiene espacios de cuidado para bebés y niños de cero a tres años). Desde adentro de su casa, Ricardo, el marido de Marta, nos vio festejar y salió especialmente al patio para unirse a nosotras. “Negra, ¿tú te das cuenta de todo lo que has logrado?”, le dijo, y ella estalló en un llanto conmovedor. Mientras se escurría las lágrimas, nos explicó que lloraba “porque siempre ha sido con tanto esfuerzo, siempre hemos trabajado tanto”. “Tú nos has visto: siempre hemos trabajado sin ni siquiera cobrar nada”, agregó, dirigiéndose especialmente hacia mí, como si mi presencia, externa a la organización que estaban por consolidar, fuese una garantía de la objetividad de sus palabras.

Otra de las escenas que el comentario de Guada me evocó había sucedido tres años antes de esa conversación, una tarde de noviembre de 2015, cuando acompañé a Vania (mi interlocutora principal por aquel momento) a las oficinas del consulado peruano. Nos habíamos acercado allí para solicitar la colaboración del organismo en la fiesta de Navidad que las vecinas estaban organizando para los niños del barrio. Cuando la secretaria del cónsul nos recibió, Vania le explicó que era *referenta* territorial de la UTEP en Las Tablitas, un barrio que se destacaba por la gran cantidad de personas provenientes de Perú que vivían allí. Le comentó también que, desde hacía varios años, estaba trabajando con un grupo de vecinas llamado “Mujeres Haciendo Historia en la Comunidad”, con

las cuales venían armando distintos proyectos para mejorar el barrio. Orgullosa, empezó a describir varios de los proyectos que estaban implementando y, a medida que los enumeraba, su voz se empezó a quebrar. “Usted perdóneme”, le dijo a la secretaria, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo blanco que sacó de su bolsillo, “pero es que yo me pongo a hablar y realmente me emociono. Es que hemos hecho mucho, con mucho trabajo”. Una situación similar se repitió durante las palabras de agradecimiento que Vania pronunció el día en que la Legislatura de la ciudad de Córdoba le entregó un reconocimiento a su trayectoria y “aportes” como “mujer inmigrante”. Con el tiempo, aprendió a contener las lágrimas, “para no parecer tan llorona”; pero, para quienes la conocemos, las pausas que hace entre palabra y palabra en situaciones como estas revelan que la emoción sigue intacta.

La cantidad de veces que durante mi trabajo de campo registré escenas similares a esta, me advirtió sobre la importancia de reparar en la carga afectiva que los procesos de organización colectiva y participación política tenían para mis interlocutoras. ¿Qué estaba contenido y expresado en esas lágrimas?, ¿por qué era tan profunda esa emoción que manifestaron Clara, Marta y Vania?

Lo primero que es preciso señalar es que, en todos los casos, esas lágrimas aparecían en situaciones que eran experimentadas como la materialización de logros. Es decir, evocaban un camino recorrido (“siempre ha sido con tanto esfuerzo”, “siempre hemos trabajado tanto”) y un lugar de llegada. Y ese lugar no era solo algo material (el comedor de Clara, la personería del grupo de Marta, el festejo de navidad de Vania), sino que marcaba, también, un lugar subjetivo. Un lugar donde “ser alguien”.

Este “ser alguien”, como propuse en otra oportunidad (ver Perissinotti, 2019), refiere a un lugar social y subjetivo de dignidad personal y existencia social que, tomando prestada la categoría analítica de la antropóloga Beverly Skeggs (2002), podríamos entender como un lugar de *respetabilidad*. “La respetabilidad”, sostiene la autora, refiere a una “amalgama de signos” definidos y reconocidos socialmente que identifican a una persona con condiciones subjetivas de autoestima y dignidad (Skeggs

2002, p. 15). Y, como nos enseña el antropólogo norteamericano Philippe Bourgois (2010, p. 339), “la búsqueda del sentido de dignidad y de realización personal es igual de importante que el sustento físico”: las personas valoran y buscan conservar, mantenerse cerca de aquellas experiencias y lugares que les producen sentimientos de dignidad personal.

Este lugar de *respetabilidad* era, además, inescindible del involucramiento político de mis interlocutoras. Es decir, para esas mujeres, la política no era solamente un “medio” para conseguir un fin (por ejemplo, reclamar y acceder a bienes socialmente significativos), sino que era también y fundamentalmente un *lugar* en sí mismo, un lugar donde “ser alguien”. Aquello que quiero señalar entonces es cómo los distintos modos de participación e involucramiento político de las personas migrantes (esa enorme variedad de formas de organización que hemos dado en llamar “luchas migrantes”) pueden producir, como le gusta decir a Vania, la posibilidad de *existir*, una posibilidad ontológica de construir una existencia respetable para sí y para otros. Por eso, mi argumento es que la emoción que vimos en estas escenas, nos habla del profundo *valor* que tiene para Clara, Marta y Vania el *lugar* o los lugares que su actividad política les permitió ocupar. Un lugar, es preciso enfatizar, *impensado* (incluso vedado) para ellas: recordemos si no la idea que propone Abdelmalek Sayad (2008, p.104) acerca del “buen comportamiento” de los migrantes. “El inmigrante, que únicamente ha de ser a título provisorio y solamente por razones de trabajo, no puede más que estar excluido de lo político”, señala el autor.

Algo que nos enseñan estos pequeños retratos etnográficos es entonces cómo las luchas migrantes y el involucramiento político de sus protagonistas pueden pensarse también como un *lugar* en donde ser y estar. Un lugar a través y por intermedio del cual les migrantes despliegan su inagotable capacidad de creatividad, o aquello que el antropólogo brasileiro João Bihel (2013, p. 238) denomina “el arte de existir”: ni más ni menos que “lo que las personas hacen, a menudo de un modo vacilante, a partir de aquello que sea que esté disponible para ellas, en pos de perdurar, entender y desear a pesar de todo tipo de restricciones”.

REFERENCIAS

- Bihel, João (2013). La etnografía en el camino de la teoría. *Etnografías Contemporáneas*, 2(3), 226-254.
- Bourgois, Philippe (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Perissinotti, María Victoria (2019). De humillación y respetabilidad. Trayectorias laborales y experiencias políticas de mujeres migrantes en la ciudad de Córdoba, Argentina. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 6, 1-25.
- Sayad Abdelmalek (2008). "Estado, nación e inmigración". *Apuntes de investigación*, 13, 101-116.
- Skeggs, Beverly (2002). *Formations of class and gender*. Londres: Nottingham Trent University.

¿Qué pasaría si les migrantes que habitamos la Argentina paramos?

La experiencia organizativa del Bloque de Trabajadorxs Migrantes

Pablo Cossio*
María Gabriela Rho**

Introducción

En Argentina, a partir de 2016, el campo de luchas de la migración adquiere nuevas características debido a que un gran conjunto de organizaciones de y para migrantes incita la conformación de un novedoso escenario de conflictividad migrante. El giro punitivo y represivo en el tratamiento político de las migraciones que llevó adelante el gobierno

* Bloque de Trabajadorxs Migrantes. cossio.mh@gmail.com

** Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CONICET-UNC). mgabrielarho@gmail.com

de la Alianza Cambiemos (2015-2019) fue el puntapié inicial para la configuración de dicho escenario. Este giro supuso, por un lado, la institucionalización de prácticas y políticas que intensificaron y recrudecieron el control y la violencia estatal sobre los migrantes y, por otro lado, la circulación de una serie de discursos que, en nombre del combate de la inmigración irregular, asociaban a las personas migrantes con el aumento de la inseguridad, la delincuencia, el crimen organizado y el narcotráfico y, de este modo, enfatizaban la expulsión de migrantes y el endurecimiento de la política migratoria.

Este proceso de securitización y criminalización de la migración puso en alerta y reactivó el trabajo de un amplio arco de organizaciones de migrantes y pro-migrantes que poseían una larga trayectoria de organización en el país en torno a la migración. Organizaciones de derechos humanos, movimientos sociales y redes de migrantes impulsaron diversas actividades y espacios de coordinación para enfrentar, resistir y disputar las políticas securitarias y criminalizantes contra la migración. A la par, migrantes con experiencias de organización política previa -pero no necesariamente orientadas a la cuestión migrante- conformaron nuevos espacios de organización como el Bloque de Trabajadorxs Migrantes (BTM), Ni una Migrante Menos (NUMM) y espacios de articulación como la Campaña Migrar no es Delito (CMND). Las trayectorias de lucha de los migrantes que impulsaron estas nuevas organizaciones, como así también los vínculos y diálogos que establecieron con otros movimientos sociales, como el movimiento de trabajadores y trabajadoras de la economía popular y el movimiento feminista, van a reconfigurar el escenario de conflictividad migrante y, centralmente, a imprimir características innovadoras a las luchas migrantes en Argentina.

En este trabajo, nos interesa reconstruir las experiencias de organización política del BTM desde su conformación en 2017 hasta la actualidad. Rastrear este recorrido tiene como excusa problematizar y visibilizar una cuestión central que atraviesan los debates en torno a las luchas migrantes: el carácter y alcance de las luchas en torno a la migración. En miras a estos debates sostenemos que, si bien el

tratamiento político que dio el gobierno de Mauricio Macri a la migración fue un impulso inicial para la conformación del BTM, las luchas que emprende esta organización trascienden este momento inaugural tanto en términos organizativos como de demandas. Es decir, a pesar de que las luchas migrantes toman como elemento aglutinador el enfrentamiento, resistencia y disputa a las políticas migratorias de Cambiemos, eso no implica que estas luchas se limiten a lo ocurrido en dicha gestión de gobierno y/o se reduzcan a abordar cuestiones que les atañen solo en tanto migrantes.

Más bien, organizaciones como el BTM plantean debates y problemáticas que, ancladas en la cuestión migrante y pensadas desde su experiencia de vida como migrantes, exceden y desbordan lo migrante ya que ponen en cuestión y visibilizan múltiples relaciones de opresión, dominación y violencia que atraviesan a la sociedad en su conjunto. Recuperando los aportes de la autonomía de las migraciones, el desafío es mostrar cómo las luchas migrantes impulsadas por el BTM no solo interpelan al régimen de extranjerización, control y fronteras, sino que además ponen en discusión un conjunto de dominios y relaciones constitutivas del capitalismo, como la explotación laboral, la desigualdad social, la desposesión, el colonialismo, el racismo y el patriarcado. De modo que creemos que no existe una distinción tajante entre luchas migrantes “por los papeles” (que ponen en el centro del debate la condición de extranjería) y aquellas luchas más cotidianas (como la reproducción social del trabajo y de la vida) y/o que les exceden en tanto migrantes.

En relación con los objetivos propuestos, a continuación, reconstruiremos cómo se conforma el BTM, sus principales características y las diversas líneas de lucha que impulsa dicha organización.

La migrantada organizada



Ante la publicación oficial del Decreto de Necesidad y Urgencia 70/2017 (DNU 70), el 30 de enero de 2017¹ (sin debate parlamentario, sin diálogo con las organizaciones de migrantes y sin ser necesario y urgente), una multiplicidad de migrantes y organizaciones comienzan a impulsar diversas asambleas para coordinar futuras protestas y movilizaciones en rechazo a esta medida. En este contexto, en asambleas convocadas en el barrio de Flores, en la ciudad de Buenos Aires, migrantes autoconvocados y que participaban de una diversidad de organizaciones orientadas a abordar problemáticas referidas a su vida y trabajo en Argentina y/o de sus países de origen, comenzaron a compartir el deseo de generar e impulsar nuevas formas de intervención, participación y movilización.

Una de las primeras actividades que se proponen realizar en rechazo al DNU 70 es la convocatoria a un **Paro Migrante** el 30 de marzo de 2017. La fecha del paro no fue azarosa, sino que respondió a la importancia que esta fecha tiene para muchos migrantes que participaban de

¹ Se trata de una medida que numerosos análisis especializados caracterizaron como un retroceso respecto de la protección de derechos de las personas migrantes en el país.

las asambleas: el incendio, en 2006, de un taller de costura en Caballito en la calle Luis Viale, donde murieron seis personas de nacionalidad boliviana. Hacer el paro en esta fecha suponía resignificar la lucha de los migrantes en tanto trabajadores y trabajadoras y correrse de aquellos relatos que pretenden folclorizarles, victimizarles y anularles políticamente. Era una forma de revelar y denunciar cómo las prácticas y políticas migratorias intentan producir formas diferenciales y jerarquizadas de explotación de la mano de obra migrante. ¿Qué pasaría si más de dos millones de migrantes que vivimos en Argentina paramos?, ¿quién cosechará tu verdura, quién coserá tu ropa, quién construirá los edificios?, eran las interrogantes con las que se presentaba la movilización.

A partir y en torno a la organización del paro, fue madurando la idea de impulsar una organización más estable y orgánica que nuclea a espacios migrantes, migrantes autoconvocados, migrantes de organizaciones sociales y partidos políticos de Argentina que tenían mayor “afinidad política” y sentían que podían proponer otras formas de abordar “lo migrante”. Por lo que, en los meses siguientes, comenzaron con la construcción del BTM y, en noviembre del 2017, realizaron el lanzamiento oficial a través de un Festival Migrante.

Esta organización se conformó como un espacio político de migrantes que en su construcción interna prioriza la articulación entre organizaciones de migrantes y migrantes autoconvocados. Es una organización horizontal, que toma decisiones, proyecta actividades, define la línea política y de intervención a través de asambleas internas. Dentro del BTM existen diversas comisiones y/o espacios de trabajo, por ejemplo, la comisión de comunicación, la comisión territorial y los cursos de español para migrantes provenientes de Senegal.

Como dijimos, el puntapié inicial para la conformación del BTM fue resistir las políticas migratorias del gobierno de Cambiemos, luchar contra el DNU 70, y disputar y revertir los discursos racistas y criminalizantes de la migración que se instalaron con más fuerza en la sociedad a partir de 2016. De este modo, como parte y fundadores de la CMND, impulsaron una multiplicidad de movilizaciones -denominadas Migrantazos- para

luchar contra medidas como el arancelamiento de la educación y la salud para migrantes; el aumento de las tasas migratorias, las demoras en los turnos y los crecientes obstáculos que se establecieron con el sistema Radex²; las expulsiones arbitrarias y la separación de familias que muchas de estas expulsiones provocan; el aumento de la represión y los controles en la vía pública y los lugares de trabajo, entre otras.

Si bien el principal objetivo de la conformación del BTM es enfrentar y resistir políticas migratorias punitivas y revertir discursos racistas y criminalizantes de la migración, también se pensó como un espacio de representación política y social de migrantes que aborde problemáticas que vayan más allá de lo que atañe a la cuestión específicamente migrante. En esta línea, desde el BTM participaron y convocaron a diversas actividades y movilizaciones vinculadas tanto a problemáticas de sus países de origen como de destino. Por ejemplo, la implementación de la reforma previsional y el impulso de políticas estatales de recorte presupuestario; la represión y criminalización de la protesta social, y múltiples manifestaciones de rechazo al avance de gobiernos conservadores en la región.

De este modo, el BTM se construyó como un espacio de organización que apuesta al protagonismo de los migrantes como actores políticos, que alzan su propia voz, que habitan la sociedad desde un lugar activo y participativo y colocan a la migración como problemática central para pensar las relaciones de opresión y explotación.

En esta línea, luego de realizar talleres entre 2018 y 2019 en diversos barrios del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) junto con organizaciones sociales y políticas, desde el BTM se promovió la conformación de una **Red de Consultorías Migrantes**. Esta red se piensa como espacio de formación, con un enfoque de educación popular en un formato

² “El sistema RADEX es una plataforma online que la Dirección Nacional de Migraciones lanzó en noviembre de 2018 para que las personas extranjeras que se encuentran en el país inicien de manera autónoma su trámite de solicitud de residencia y documentación” (en línea, <https://cecopal.org/web/informe-sobre-sistema-radex/#:~:text=El%20sistema%20RADEX%20es%20una,solicitud%20de%20residencia%20y%20documentaci%C3%B3n>).

de “formador de formadores”, es decir, como un espacio de formación de referentes migrantes que en sus barrios puedan acompañar los procesos de regularización migratoria. La apuesta es formar una red de apoyo que reduzca las desigualdades en el acceso a derechos y permita ganar a los migrantes autonomía e independencia del Estado en la realización de los trámites migratorios. Además, el espacio sirve como pretexto para difundir la Ley de Migraciones 25.871, trabajar sobre el racismo, conocer sobre los derechos laborales, el acceso a la salud, la educación y problematizar quiénes son las personas migrantes, dónde están y cuál es su historia en el país, sobre todo la de las migraciones racializadas e invisibilizadas.

En conexión con la Red de Consultorías, durante el 2021 se impulsaron las **Brigadas Antirracistas Migrantes (BAM)** en diferentes barrios populares de Buenos Aires. Estos encuentros fueron pensados como espacios de diálogo e intervención política para reflexionar -a través de ferias, la realización de murales, venta de comidas, actividades lúdicas para niños y adolescentes- sobre problemáticas que atraviesan migrantes racializados en Argentina. Además, las BAM se proyectaron como una intervención política electoral con el fin de difundir el derecho al voto migrante en la Ciudad de Buenos Aires (CABA) y Provincia de Buenos Aires y hacer un claro llamado a no votar por sectores de derecha.

Actualmente, el BTM se encuentra por inaugurar su primer local en el barrio de San Cristóbal en la CABA. Este espacio físico pretende centralizar las diversas iniciativas que se realizan. El local “**la casita migrante**” tendrá un espacio de cocina para que funcionen dos unidades productivas gastronómicas de comida mexicana y senegalesa; también se pondrá en funcionamiento un espacio de asesoramiento de trámites migratorios con la Red de Consultorías. El local es un lugar de reunión, organización y agrupamiento de diversos colectivos migrantes que hoy por hoy no tienen un espacio físico donde reunirse. El espacio también es un lugar cultural en donde funcionarán talleres recreativos abiertos a la comunidad. El BTM además se conformó legalmente como asociación civil, es decir, lo que comentamos al principio de este artículo, la

organización de migrantes busca trascender lo coyuntural e instalarse como actor y movimiento político.

A modo de cierre

Recuperar la trayectoria organizativa del BTM permite reflexionar sobre la potencia y la radicalidad del escenario de luchas migrantes actuales y sobre las características innovadoras que asume el mapa de la conflictividad migrante en Argentina. Como recuerda la mirada de la Autonomía de las Migraciones, no hay capitalismo sin migración, por lo que la migración se constituye como un campo privilegiado de investigación que nos permite comprender críticamente al capitalismo (Mezzadra, 2012). Así, a través de la experiencia del BTM, vemos cómo las luchas migrantes conectan y tejen vínculos entre múltiples dimensiones que afectan a la migración, que no se reducen solo a su condición de extranjería, sino que también se vinculan a problemáticas referidas a su condición laboral y su vida cotidiana. En el mismo sentido, organizaciones como el BTM no solo abordan problemáticas que afectan a las personas migrantes en tanto migrantes, sino que -desde su lugar como migrantes- colocan en el centro del debate diversas esferas y dominios de opresión y explotación capitalista, como el nacionalismo, el racismo, el colonialismo y la desigualdad social.

REFERENCIAS

Mezzadra, Sandro (2012). Capitalismo, migraciones y luchas sociales. La mirada de la autonomía. *Nueva Sociedad*, 237, pp. 158-178.

Organización sociopolítica

Estudiantes Migrantes.
Universidad de Buenos Aires
(EsMiUBA)

Jessica Paola Vargas Guzmán*

La migración por la defensa de sus derechos:
derecho a la educación

La internacionalización de la educación superior ha sido centro de atención desde hace tiempo en las universidades e institutos de educación superior y, en los últimos años, la afluencia de personas estudiantes universitarios internacionales a la Argentina ha crecido considerablemente. La motivación principal para migrar, o de exiliarse para la realización de estudios superiores en el país, es que en términos generales Argentina cuenta con un sistema público sin restricción, gratuito o económico y de calidad. A su vez, la movilidad humana estudiantil se genera por la imposibilidad del acceso al derecho a la educación superior en los

* Universidad Nacional de Lanús, Ex-EsMiUBA y activista de organizaciones de colombianas y migrantes en Argentina. jessicapaolav@gmail.com

países de origen. Según los relatos de compañeros estudiantes migrantes de carrera en Argentina, algunas de las restricciones estructurales que no permiten el ingreso, mantenimiento o egreso de la educación superior en sus países de origen son los exámenes estatales de medición de la educación y exámenes propios de cada Institución de Educación Superior (IES), que fungen como filtro para la entrada pero que no tienen en cuenta la desigualdad en la educación escolar; la inexistencia de sistemas públicos gratuitos en los territorios; los altos costos de las IES públicas y privadas; la falta de cobertura y masividad en la educación superior; el exilio por persecución estudiantil universitaria; el cierre de universidades en países de origen; el trabajo infantil que impide la culminación a temprana edad de los estudios escolares; la falta de currículos flexibles en horario y contenido para trabajadores que estudian, entre otros. De esta forma, las personas jóvenes y adultas ven en Argentina un país para exiliarse académicamente, ya que brinda la posibilidad de continuidad y culminación de la formación universitaria, que significa para muchas la oportunidad de obtener mejores posibilidades materiales y/o simbólicas.

Hablar de acceso a la educación es, en términos normativos, contemplar el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (PIDESC) y su Protocolo Facultativo, como instrumentos internacionales que proveen los lineamientos de los derechos económicos, sociales, culturales y ambientales (DESC-A). Al suscribir, en teoría, los Estados-nación asumen compromisos de cumplimiento de derechos educativos, no obstante, que haya un *exilio por razones académico-educativas* es muestra de las desigualdades estructurales por la falta de cumplimiento de los países para mejorar el acceso a este derecho. Sin embargo, la aprobación o creación de normativas legales no es siempre garantía de acceso, si estas normativas no están acompañadas por la creación e implementación de políticas públicas que tengan el fin de disminuir la brecha entre la igualdad formal (lo que está en el papel) y la igualdad sustantiva, entendida como el goce y ejercicio de derechos. Sumando, si tenemos en cuenta la interdependencia e interrelación de derechos, la educación no solo es aquello que aumenta nuestro capital simbólico-cultural, sino

también, para muchos, es la posibilidad de escalamiento económico-social por las mejoras laborales u otras posibilidades.

Por otra parte, la demanda por el cumplimiento de derechos es una exigencia de las comunidades para ser tratadas de forma igualitaria y no discriminatoria, es controvertir de forma libre, legal y legítima las reglas establecidas. Una forma para ello es la organización sociopolítica como proceso de las comunidades, es una forma de integración de nuevas y diversas ciudadanía que disputan espacios legítimos de acción que se traducen en derechos, garantías y deberes.

Cuando nos organizamos como comunidad migrante y petitionamos un proyecto garantista y progresivo de derecho, también queremos que se incluya la diversidad y riqueza cultural que agregamos a la constelación social. De este modo, parte de la integración de las personas migrantes incluye también respetar sus derechos civiles y políticos contemplados en el Pacto Internacional de los Derechos Civiles y Políticos (PIDCP), y su derecho a organizarse como algo necesario para la incidencia en múltiples esferas que ayuden a la institucionalización de la igualdad. Así que los procesos políticos no se remiten solo al derecho al sufragio activo y pasivo o al acceso a cargos públicos como únicos derechos políticos en disputa, también lo son otras formas de participación tales como la asociación, manifestación, reunión, petición, afiliación a partidos políticos, la libre sindicación y huelga y, sumado a ello, el acceso a la información y a los medios de comunicación, y la intervención de órganos de participación y consulta en los que se canalizan las demandas y recomendaciones de las personas inmigrantes sobre el diseño y la gestión de programas y políticas que las afectan.

EsMiUBA: el tránsito militante

Teniendo en cuenta lo anterior, como persona migrante colombiana en Argentina sentipensé, desde la experiencia individual y colectiva, las brechas, diferencias y despojo de derechos que tenemos las personas en condición de movilidad humana al cruzar las fronteras. Analizando

esto, y comprendiendo que *la educación no sabe de fronteras*¹, consideré importante organizarme y me uní al tránsito en la defensa del derecho a la educación migrante con los Estudiantes Migrantes Universidad de Buenos Aires (EsMiUBA) desde 2018 hasta el 2020.

EsMiUBA es una organización estudiantil migrante que surge en la Universidad de Buenos Aires (UBA) con el lema de impulso *Educación Pública Universal, no Arancelada y de Excelencia*. Fue fundada por Esteban Trujillo Gaitán, de la Facultad de Derecho, en 2017. La organización pretende instar a la creación de cuadros sociopolíticos para consolidar la federalización de la lucha estudiantil migrante en las facultades de la UBA y, a su vez, dar la lucha utópica por la expansión del acceso a la educación pública en América Latina y el mundo.

La necesidad de una organización de estudiantes migrantes en Argentina surge por los retrocesos múltiples al derecho a la educación para nosotres. Un ejemplo de ello fue el ataque desde medios hegemónicos por parte del periodista Jorge Lanata, mostrando a la Argentina como “país generoso” y el peligro del “boom de extranjeros en la UBA”², anunciando que garantizar la educación a les migrantes suponía la imposibilidad educativa de les argentines. El discurso usado fue altamente xenófobo, estigmatizante y elitista, relacionando incluso migración con delito, mostrando una imagen de un arma mientras se habla de migración estudiantil.

EsMiUBA visibilizó públicamente algunos de los avances de vulneraciones desde el contexto gubernamental argentino de Mauricio Macri (2015-2019) y su bancada. En 2018 se trabajó junto a otras organizaciones migrantes argentinas, organizaciones defensoras de derechos humanos y académiques para que no se aprobara el Proyecto de Ley de

¹ Para ampliar la información, puede consultarse esta entrevista a EsMiUBA, en línea: <https://elgritodelsur.com.ar/2019/04/estudiantes-migrantes-en-la-uba.html>

² Reportaje “Argentina, país generoso”, programa Periodismo Para Todos del 16/10/16, en línea: https://www.youtube.com/watch?v=9zoDFgq_3Jo&t=148s

reciprocidad³ en la gratuidad de la educación y salud a extranjeros, presentado por el diputado Luis Petri, que pretendía arancelar estos derechos a aquellos que no fueran “residentes permanentes”, contrariando así la Ley de Migración 25.871 que asegura, según sus artículos 6 y 7, el acceso igualitario a servicios sociales sin importar la irregularidad migratoria.

A su vez, en el 2019 la Universidad de La Matanza (UNLaM) implementó un curso de Lengua Castellana obligatorio para estudiantes no hispanohablantes con aranceles de 60.000 pesos argentinos. Este curso se implementó por la nueva exigencia de obligatoriedad del nivel B2 del Marco Común Europeo de Referencia para las lenguas para la entrada a las universidades en Argentina. EsMiUBA realizó una campaña⁴ de articulación con la Asamblea de Estudiantes Autoconvocados de la UNLaM, agrupaciones estudiantiles no hispanohablantes mayoritariamente del Brasil, docentes, entre otros, para defender el carácter libre, irrestricto y gratuito de la universidad pública argentina. Fue considerado una medida aporofóbica por los altos costos del curso.

También se pugnó el arancelamiento en dólares para la matrícula en la Universidad Tres de Febrero (UNTREF) para estudiantes sin Documento Nacional de Identidad (DNI) permanente⁵ y, durante estos años, sumó su participación a múltiples espacios metaorganizativos en defensa de la población en movilidad humana en Argentina, ante los retrocesos de derecho que hemos experimentado, por ejemplo, en contra del Decreto de Necesidad y Urgencia 70/2017 que modificaba la ley Nacional de Migraciones (25.871), de 2004.

³ En derechos humanos, el principio de reciprocidad no es aplicable. El ABC del derecho internacional de derechos humanos, escrito/firmado por los Estados, es que cada país se obliga a respetar los derechos de todas las personas bajo su jurisdicción, sin importar su nacionalidad, como menciona Pablo Ceriani Cernadas en: https://twitter.com/PabloCeriani_/status/1057584250797613058.

⁴ Para ampliar información, puede consultarse en línea: <https://www.facebook.com/EsMiUBA/videos/422596385175978>.

⁵ Para ampliar información, puede consultarse en línea: <https://elgritodelsur.com.ar/2020/10/escandalo-en-universidad-publica-dolarizacion-aranceles-extranjeros-resolucion-xenofoba.html>.

Situación de los estudiantes migrantes en contexto COVID-19

La pandemia de COVID-19 puso en evidencia las desigualdades estructurales y los procesos de marginación social, económica y cultural existentes en nuestras sociedades; aunque la pandemia afectó a la población en general, un grupo que fue vulnerabilizado aún más en el acceso a sus derechos fue la población migrante.

Algunos problemas que pasamos gran parte de las personas migrantes en Argentina durante el período de Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) y el Distanciamiento Social, Preventivo y Obligatorio (DISPO), entre 2020-2021, fueron la imposibilidad de recibir remesas por el cierre de establecimientos, el abandono a connacionales por parte de consulados, cancillerías y embajadas para la generación de documentos y la petición de ayudas, la no cooperación internacional para procesos de retorno a países de origen ante la crisis. También nos afectó la falta de documentos para la regularización, por el cierre de oficinas que los expedían, además de la no regularización efectiva con el DNI por parte del Estado por el cierre de oficinas de la Dirección Nacional de Migración (DNM), la cancelación masiva de turnos, la dificultad del pago de tasas migratorias y la brecha digital para generar turnos de citas en el Módulo de Radicación a Distancia de Extranjeros (RaDEx). Dada la irregularidad, no se logró acceder a programas sociales como el IFE (Ingreso Familiar de Emergencia), una prestación económica ante la pérdida o disminución de ingreso en la pandemia y las pérdidas de trabajos, que profundizó la crisis alimentaria y habitacional, y que exigía como requisito la posesión de DNI permanente.

Las problemáticas que afectaron a los estudiantes migrantes fueron, a su vez, el impedimento de petición de becas estudiantiles de carrera por la falta de DNI permanente, la deserción de estudiantes de grado de universidades privadas y de posgrado por no poder pagar los costos universitarios, el cierre del Ministerio de Educación Nacional para la convalidación de títulos secundarios y terciarios, la no presentación del examen de suficiencia del español por no contar con fechas o lugares

de presentación, por su cierre. Dada la interrelación de derechos, al no tener el DNI (requisito que no se debe pedir ante la ley para estudiar), la convalidación de títulos secundarios y el examen de español para no hispanohablantes, se afectó la inscripción a la UBA por el sistema TAD-UBA (Trámite a Distancia-Universidad de Buenos Aires)⁶. Por los relatos de otros compañeros, la inscripción, continuidad y egreso en otras universidades del país, como en Córdoba y Rosario, también se vieron afectadas por la petición de estos requisitos.

Algunas medidas que tomamos como organización ante la crisis fueron el acompañamiento con la campaña *EsMiUBA Quiero Donar*, que supuso la donación de bolsones de comida, obsequios y pequeños montos de dinero. También se logró llevar al Consejo Superior de la UBA las demandas de los estudiantes migrantes, e hicimos una denuncia ante el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI) por discriminación, sin dar continuidad al proceso. A pesar de la militancia activa para la visibilidad de los problemas, la burocracia impidió que ingresantes pudieran hacer la inscripción y se violó el derecho a la igualdad cuando a los nacionales se les permitió hacer una declaración jurada de la convalidación de título y a las personas extranjeras no.

Esta descripción es una pequeña muestra de los procesos organizativos migrantes juveniles que invita a la organización de procesos de participación, con enfoque interseccional, con la pretensión de representatividad de la población en movilidad humana en la defensa de sus derechos.

⁶ Para ampliar información, puede consultarse en línea: <https://elgritodelsur.com.ar/2020/08/la-uba-deja-afuera-a-migrantes-en-medio-de-pandemia.html>

La urgencia de asambleas abiertas en las regiones fronterizas del norte de Chile

Nanette Liberona*

Por 2016, una brillante migrante ecuatoriana residente en Chile, dirigente de una de las organizaciones con mayor trayectoria en las luchas migrantes del país, como es el Movimiento de Acción Migrante (MAM), propuso la promoción de *asambleas abiertas territoriales*. La idea era generar organizaciones que, más allá de las asociaciones culturales de nacionales de distintos países, se abocaran a levantar las problemáticas de las poblaciones migrantes de cada territorio. Tatiana Albuja era entonces presidenta del Consejo Consultivo Migrante, instancia creada en el segundo gobierno de la presidenta Michelle Bachelet (2014-2018) que perduró dos años, pues fue disuelta con la llegada de Sebastián Piñera al poder en 2018. Esta instancia, a pesar de su corta vida, permitió visibilizar distintas demandas de la población migrante en Chile, abriendo

* Académica del Doctorado en ciencias sociales y el Departamento de antropología de la Universidad de Tarapacá, Chile. nliberonac@gmail.com

espacio tanto a la academia como a organizaciones no gubernamentales enfocadas en la temática. Tatiana invitó a diversos actores y actoras a exponer diferentes problemáticas ante el Consejo; es así como dirigentes migrantes de la región de Tarapacá (norte de Chile) pudieron relatar el violento desalojo de una toma de terreno informal de la comuna de Alto Hospicio, en la que estaban involucradas unas 1200 familias. Afectadas por la violencia policial y por la insalubridad de los terrenos en los que fueron reubicadas, se logró interpelar al Ministerio de Salud, se interpusieron recursos de protección a pobladores, en su mayoría migrantes, y se constituyó a partir de entonces la Asamblea Abierta de Migrantes y Promigrantes de Tarapacá (AMPRO).

En mi oficina de entonces (en el Instituto de Estudios Internacionales-UNAP), un día de marzo de 2017, le pusimos ese nombre entre Ángela Popó, Lorena Zambrano, Natalia Lantaño y yo, en honor a nuestra querida Tatiana, que había sufrido un derrame cerebral. Necesitábamos un nombre para llegar al primer encuentro de la Red Nacional de Migrantes y Promigrantes, que se realizó ese año en la ciudad de Valparaíso. Siempre nos reuníamos en la confidencialidad de esa oficina, para analizar las situaciones y planear acciones, mediadas por la rabia de las injusticias y las ganas de hacer algo por cambiar el *orden fronterizo de las cosas* (Naranjo, 2015). El trabajo en red fue un elemento clave para que AMPRO creciera, madurara y que sus dirigentes volaran con grandes alas.

Con el tiempo, AMPRO tomó su rumbo propio, liderada por las mujeres migrantes que más han generado admiración e inspiración en mi vida, Ángela y Lorena. Ellas han protagonizado importantes luchas en la región de Tarapacá, como la lucha por la vivienda digna, llegando Ángela a presentar una denuncia ante la Relatora de las Naciones Unidas por la Vivienda Adecuada en 2017, así como su incansable lucha por el acceso al agua potable, situación que ha sido siempre mediada por el caudillismo y el populismo electoral de los actores políticos de Alto Hospicio. Su amor por las danzas y músicas colombianas la han motivado para dirigir diferentes proyectos de intervención con niños y adolescentes migrantes que viven en las tomas de terreno. Ha incursionado también en el teatro, en tanto herramienta de divulgación de la realidad migrante

(como la muerte en la frontera), y en el teatro espontáneo, como espacio reflexivo, terapéutico y de contención. Sus propias experiencias de violencia obstétrica en el Hospital regional de Iquique, de explotación laboral y de racismo, la han llevado a acompañar a muchas personas a defender sus derechos. En 2017 comenzó sus estudios de Educación Parvularia Intercultural, con el fin de mejorar sus condiciones de vida, pero también de poder construir otra mirada sobre la educación intercultural en la primera infancia de la región. Este año -2022- será la primera educadora parvularia afrodescendiente de Iquique.

Por su parte Lorena, a quien conocí bailando vestida de mestiza ecuatoriana, pues siempre se reconoció como negra e indígena, lo primero que hizo fue pedirme ayuda para preparar una exposición sobre la situación de la población migrante de Iquique, ante una comisión del Congreso Nacional, en 2014. Ella se caracteriza por ponerse las metas más altas, por atreverse a todo y por poner a las personas de su alrededor a trabajar colectivamente. Imposible escaparse. No tiene problemas en pedir apoyo, ni tiene pelos en la lengua para denunciar injusticias. Su rol como principal dirigente de AMPRO se lo ha ganado en el campo de batalla, del cual nunca sale. Sus días y sus noches las dedica a la defensa de las personas migrantes, de sus derechos y de su integridad. Igual que Ángela, sus propias experiencias de violencia obstétrica, de vivir *en medio de un basural* (ver Liberona y Piñones, 2020), de desigualdad social, la han llevado a organizar un huerto comunitario en su barrio transitorio Renacer, y un sinfín de instancias de acompañamiento y derivación de problemas de salud, de regulación migratoria, para el acceso al refugio, a la educación, para el pago de multas, entre otras; tanto en operativos en terreno, en diferentes comunas de la región (Iquique, Alto Hospicio, Pozo Almonte, Huara, Pica) como en oficinas improvisadas en restaurantes, en la sede la CUT (Central Unitaria de Trabajadores) o en su propia casa. Fue una de las fundadoras de la Lekol Joane Florvil, escuela popular de español para haitianos, donde se dedica a enseñar y entregar herramientas para la inserción social de esta población migrante extremadamente racializada y marginada en Chile. Joane Florvil fue una mujer haitiana asesinada por el Estado chileno en 2017, desde entonces, todos los años Lorena se moviliza para no dejar de realizar una actividad

en conmemoración de su muerte y en repudio al racismo en Chile. Durante la pandemia, Lorena lideró desde AMPRO una gran cantidad de acciones de solidaridad con las personas más afectadas económicamente por las restricciones sanitarias que limitaron la movilidad de la población y dejaron a miles de personas sin trabajo. Innumerables campañas de recolección de fondos que permitieron el desarrollo de *cuidados colectivos* (Liberona, Stefoni y Salinas, 2022), llevando alimentación a comedores populares y ollas comunes de diferentes sectores de Iquique y Alto Hospicio. Su premisa: nadie puede quedarse sin comer.

La llegada de cientos de familias venezolanas a la región fronteriza de Tarapacá, a partir de fines de 2020, generó una alerta en AMPRO; sus dirigentas y personas voluntarias acudieron en ayuda inmediatamente, llevando abrigo, agua, alimentos, medicamentos, entre otras cosas, a la frontera, a las localidades intermedias y a las personas que transitan por las ciudades de Iquique y Alto Hospicio. La muerte de demasiadas personas -principalmente venezolanas- en estos años de pandemia también ha generado una lucha particular. AMPRO ha denunciado incansablemente que la frontera chileno-boliviana se ha convertido en una *zona de sacrificio humano*, de la cual son responsables los Estados y sus políticas anti-inmigrantes, a través de diversos comunicados difundidos en sus redes sociales, como en intervenciones en algunos medios de comunicación y en los distintos espacios académicos e institucionales a los que se les invita.

El contexto de pandemia, si bien ha generado un aumento del trabajo de AMPRO, también ha significado un crecimiento interno urgente e importante. Se han sumado nuevas dirigentas migrantes, así como voluntaries que han fortalecido el trabajo social y político en este espacio, que es definido por sus miembros como “una familia”. Esto, porque formar parte de esta Asamblea Abierta no implica ningún tipo de obligación ni de requisito, se integran personas con ganas de aportar, independiente de su nacionalidad, nivel de formación formal, edad, entre otras características. Podríamos identificar tres elementos clave en los avances y fortalecimiento de esta organización: primero, que las dirigentas migrantes están permanentemente formándose en distintos espacios, integrando

nuevos conocimientos y perspectivas desde movimientos sociales y políticos (feministas, disidencias sexuales, sindicales), como en instancias académicas. Asimismo, han visto la necesidad de realizar estudios formales, técnicos o universitarios, los que se complementan con sus experiencias migrantes. Segundo, hay diversidad de saberes; las dirigentas traen consigo un saber empírico que es fundamental para determinar qué problemas enfrentar y de qué manera abordarlos. Permanentemente se integran estudiantes en práctica o que realizan sus tesis en el marco de esta organización, por lo que se les designan tareas logísticas o comunicacionales, a través de las cuales se van formando y conociendo el funcionamiento de AMPRO, de tal forma que van, al mismo tiempo, aportando con sus propios conocimientos y saberes prácticos. Tercero, se realiza una efectiva transferencia de saberes, los que se traspasan por distintos medios, desde el intercambio de información por WhatsApp, pasando por las reuniones en las que se toman decisiones y se discuten temas importantes (las que en contexto de pandemia han sido principalmente en línea), pero sobre todo en las actividades en terreno, donde se practica el aprender haciendo.

La necesidad de crecer que ha tenido AMPRO Tarapacá ha sido acorde a las necesidades del contexto y de los tiempos convulsos provocados por la superposición del control fronterizo y el control sanitario producido por la pandemia de COVID-19, lo que ha traído como consecuencia un aumento de la irregularización migratoria, así como del rechazo, del abandono y del encierro de poblaciones que, a pesar de las restricciones, apuestan por el movimiento y el cruce fronterizo. En este escenario, las regiones fronterizas se han visto especialmente tensionadas e intervenidas, además, por actores internacionales de la gobernanza de las migraciones que, a través de sus intervenciones humanitarias, han venido a “poner orden” y un poco de “humanidad” en estas tierras “dehumanizadas”. Acciones y actores que han sido visibilizados política y mediáticamente, y que al mismo tiempo han invisibilizado el trabajo de solidaridad y cuidados colectivos desempeñado incansablemente por las llamadas “organizaciones civiles”, noción que aglutina desde colectivas feministas, personas disidentes sexuales organizadas, personas motivadas por las inconcebibles condiciones que están experimentando las

personas migrantes y desplazadas, organizaciones migrantes y pro-migrantes, como AMPRO.

En este contexto, nos pareció importante recordar que la formación de *asambleas abiertas territoriales* surge de la urgencia de enfrentar situaciones injustas, de desigualdad y violencia, que solo actores y actoras locales pueden y saben comprender y enfrentar de la mejor manera. Es por eso que hoy en día, cuando siguen solapadas las fronteras geopolíticas con las fronteras sociales, es urgente dar una mano y un reconocimiento a la formación de AMPRO Arica, Asamblea Abierta de Migrantes y Promigrantes que nace en la ciudad de Arica, donde se sitúa la frontera entre el norte de Chile y el sur del Perú. Esta Asamblea recoge la experiencia y el ímpetu de AMPRO Tarapacá, pero se organiza territorialmente con su propia gente y nuevos dirigentes migrantes. Que la lucha continúe y florezca.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Liberona Concha, Nanette, y Piñones Rivera, Carlos (2020). Violencia en la Toma: Segregación Residencial, Injusticia Ambiental y Abandono de pobladores inmigrantes en La Pampa, Alto Hospicio. Valparaíso: RIL. línea: https://dawnnet.org/wp-content/uploads/2022/03/DAWN-DP_39_Chile_Cuidados-Colectivos-para-Enfrentar-la-Pandemia-y-la-Criminalizacio%C3%81n-de-la-Migracio%CC%81n-1.pdf
- Liberona, Nanette, Stefoni, Carolina y Salinas, Sius (2022). Chile. Cuidados colectivos para enfrentar la pandemia y la criminalización de la migración. *Documentos de Discusión de DAWN* No. 39, Suva (Fiji). En Naranjo, Gloria (2015). El nexa migración-desplazamiento-asilo en el orden fronterizo de las cosas. Una propuesta analítica. *Estudios Políticos*, (47), 265-284.

Las existencias y resistencias desde las organizaciones sociales de comunidades migrantes y refugiadas en Chile

Catalina Bosch*
Vanessa González*

Contexto actual de la migración en Chile

En los últimos años, en América Latina y el Caribe se han evidenciado distintas tendencias migratorias, que van configurando un escenario regional complejo y que acentúa la urgente necesidad de que los Estados incorporen el enfoque de derechos humanos respecto de la movilidad humana, avanzando así en el abordaje de las migraciones intrarregionales desde una perspectiva integral, humanitaria, garante de derechos y libre de discriminación. Esto último ha sido un desafío, ya que, por el contrario, las situaciones experimentadas han profundizado las

* Integrantes de la Organización Migrante y de la Coordinadora Nacional de Inmigrantes de Chile. coordinadoramigrantechile@gmail.com

desigualdades que ya se encontraban viviendo las personas inmigrantes y refugiadas, especialmente en la emergencia sanitaria por COVID-19. Aludimos a situaciones tales como el cierre y la militarización de fronteras; la implementación de medidas securitarias, junto a un despliegue desproporcionado de fuerzas armadas y policiales para ejercer funciones de control migratorio; el establecimiento de medidas restrictivas, selectivas y discriminatorias en las legislaciones en materia migratoria; la persecución y detención arbitraria de migrantes; la criminalización de la migración (particularmente de la irregular e indocumentada); la vulneración del derecho internacional, por mencionar algunas.

Particularmente en Chile, las comunidades inmigrantes viven hoy el legado de políticas reforzadas durante los últimos años, las cuales denominamos *políticas anti-inmigrantes*, basadas en un paradigma de seguridad e interés nacional, junto a la promoción abierta de *campañas de odio* hacia las comunidades inmigrantes, con grandes cuotas de racismo, xenofobia y aporofobia en ellas. Estas campañas sitúan a los cuerpos de las personas migrantes detrás de una barrera invisible permanente, similar a la frontera: en estas barreras, muros y fronteras simbólicas y físicas, las personas inmigrantes se enfrentan a riesgos y amenazas en sus trayectos migratorios, en sus caminos por recorrer y en sus intentos por integrarse a la vida cotidiana del país al que han llegado. El escenario para estas comunidades, en particular para quienes se encuentran en situación documentaria irregular, es gravemente adverso, puesto que la deshumanización hacia la migración irregular por ingreso clandestino¹ se ha masificado y viene acompañada de una denegación sistemática de sus derechos humanos, justificado en discursos de “orden público” con tendencias ultranacionalistas, al mismo tiempo que se generaliza la instrumentalización de la temática migrante con fines político partidarios.

Las organizaciones sociales de migración y refugio han constatado y registrado esta serie de situaciones y abusos, en las que se evidencia no solo el abandono estatal y la desprotección (tanto de los países de origen

¹ Ingreso por pasos no habilitados o también llamado ingreso irregular por evasión de controles migratorios en frontera.

como de Chile en su rol de país receptor), sino que se cometen de manera cotidiana actos de violencia contra estas comunidades: de violencia policial e institucional, violencia física, psicológica, simbólica, patriarcal, violencia contra las infancias, contra los grupos de especial protección, violencias que atentan contra su integridad y van socavando de a poco su vida.

Dentro de ello, han existido durante los últimos años múltiples nudos problemáticos: la negación de la entrada regular junto a la imposición de visas consulares, la eternización y ausencia de respuesta, o respuestas negativas injustificadas, en la tramitación de visas para quienes ya viven en el país, en conjunto con la promulgación de leyes y la aplicación de medidas contra las personas migrantes, con una promoción abierta a la irregularidad migratoria desde las propias instituciones y el señalamiento de que los migrantes serían prácticamente un *enemigo público* para el desarrollo social y económico del país. Otro de ellos es el cierre absoluto de las fronteras junto a su militarización; la criminalización de la migración en discursos oficiales y de autoridades de gobierno y la ejecución de expulsiones colectivas y deportaciones exprés (llamadas “reconducciones”). Si situamos la mirada solo en las fronteras de Chile, veremos cómo no solamente aumentaron los ingresos irregulares (con un récord histórico en 2021, año de mayores políticas restrictivas), sino que también aumentaron las muertes de personas migrantes en estos espacios, incluido el fallecimiento de mujeres, adultos mayores, personas con condiciones de salud crónicas e infancias migrantes. Ante esto, las medidas que más han resaltado han sido las deportaciones exprés en el reciente año, la ampliación de la zanja que han estado construyendo en la frontera entre Chile y Bolivia, la negligencia en la administración de albergues con motivos supuestamente humanitarios (y que se ubican a grandes distancias de los centros poblados) y el desalojo violento de personas migrantes en situación de calle de los espacios públicos de las regiones fronterizas, que se ven impedidas de transitar hacia otras regiones en Chile, y que tampoco pueden salir del país al que acaban de llegar.

Ante este panorama, una de nuestras mayores demandas como movimiento social migrante es la del reconocimiento de *la migración como un derecho humano fundamental*, que supone que las personas inmigrantes seamos reconocidas como sujetos de derechos, independientemente de nuestro país de origen, de nuestro origen étnico y cultural, o con independencia de nuestra situación documentaria o estatus migratorio, garantizando así el acceso en igualdad de condiciones a los derechos humanos que son universales, y a derechos como la salud, educación, alimentación, trabajo digno, para el desarrollo de nuestra vida en el país junto a las otras comunidades que aquí viven. Este acceso no es posible *no solo para quienes ingresaron de manera irregular*, sino también para quienes se encuentran en condiciones de irregularidad o semirregularidad migratoria² debido a la violencia institucional, y a quienes se les hace imposible acceder a los sistemas de protección social por parte del Estado o incluso hacer trámites cotidianos.

Las existencias y resistencias desde las organizaciones migrantes y refugiadas

La Coordinadora Nacional de Inmigrantes es una plataforma de organizaciones sociales de migración y refugio en Chile, agrupadas por una meta común que es la búsqueda del reconocimiento y respeto del derecho humano a migrar. Es un espacio organizativo que además promueve la defensa de los derechos humanos de las comunidades que migran.

Ante las situaciones relatadas con anterioridad, es evidente que nuestro habitar como migrantes se penaliza desde un sistema implacable que ubica a nuestros cuerpos en la ilegalidad de ser y en la imposibilidad de estar o residir (en las dimensiones política, jurídica,

² Con semi-irregularidad nos referimos a las personas migrantes o solicitantes de refugio/asilo que tienen años en espera por una respuesta a sus trámites, teniendo como único documento de identidad vigente dentro del país una solicitud de visa en trámite que tiene una duración de 6 meses, los que una vez vencidos, se debe solicitar una ampliación de la solicitud (esta situación puede durar hasta más de 2 años).

económica, social, cultural y comunitaria), además de promover en la sociedad en su conjunto la construcción de subjetividades que discriminan, violentan, segregan y someten a los cuerpos de las personas migrantes bajo una mirada racista y colonialista. Entonces, para nosotres, luchar por el derecho a migrar es también reafirmar continuamente que somos personas y que somos diversas, que tenemos derecho a ser amparadas bajo la legislación internacional, a que las legislaciones nacionales garanticen los derechos humanos fundamentales y que se generen mecanismos para nuestra regularización e inclusión, comprendiendo las realidades que enfrenta Latinoamérica actualmente. Exigimos el reconocimiento y el respeto de nuestras diversas comunidades y pueblos, así como también que se incorporen en las políticas públicas y migratorias enfoques antirracistas e interculturales.

Como organizaciones tenemos desafíos en todo orden, debemos contraponernos a las políticas que nos quieren llevar a la invisibilización, sometimiento, explotación, criminalización, desaparición. Enfrentar la agudización de la precariedad de la vida de las personas migrantes y refugiadas en Chile en tiempos de pandemia ha conllevado un aumento significativo de las capacidades de lucha y resistencia de las organizaciones comprometidas en ello, en distintos frentes y ámbitos, *a pesar de las importantes dificultades para desplegar activismo en tiempos de tanta crisis.*

Al considerar algunas de las más relevantes que ha llevado a cabo la Coordinadora Nacional de Inmigrantes, surgen de inmediato las iniciativas solidarias que tuvieron como foco colaborar en el área de las necesidades alimenticias, en articulación con instituciones y otras organizaciones, como la Olla Popular Migrante, los Desayunos Migrantes y la entrega de canastas de alimentos a familias migrantes y chilenas.

Paralelamente, junto al Colectivo Sin Fronteras, se llevó a cabo una campaña por la Regularización Migratoria de la Niñez y Adolescencia con ingreso irregular en Chile, la cual ha permitido visibilizar esta realidad

extraordinariamente grave y solicitar al Estado una respuesta urgente e integral, por las vulneraciones y efectos que conlleva para la niñez y sus familias (llamada *Campaña por una Niñez con Derechos Sin Fronteras*).

Otros hitos que destacaron en este período fueron las denuncias públicas respecto de las escasas y nefastas políticas públicas en materia de migración y refugio por parte del gobierno de Sebastián Piñera, junto a la tardanza e ineficiencia en materia legislativa y la implementación de medidas como las expulsiones arbitrarias, las barreras para solicitar refugio y obtenerlo, la criminalización de las personas migrantes en fronteras o el impedimento para la vacunación contra el COVID-19 a personas en condición de irregularidad migratoria, situaciones que motivaron la realización de varias marchas, encuentros, performances callejeras y el lanzamiento de la Campaña *Ningún Ser Humano Es Ilegal*³. A su vez, tuvimos un papel activo en audiencias e instancias como el Congreso Nacional para visibilizar estas problemáticas a través de la incidencia política.

Mientras se generaban estas y otras muchas iniciativas, la organización se sumó activamente al proceso constituyente, tomando en cuenta la relevancia que este tiene para la construcción de una sociedad más justa y digna para todes, independientemente de la nacionalidad o la condición migratoria. Desde esa convicción se creó la Iniciativa “Migrantes por el Apruebo”, sumando esfuerzos para que en el plebiscito ganara la opción del cambio constitucional y movilizar el voto migrante. Luego vino la campaña con candidaturas constituyentes migrantes propias y la participación en la construcción de redes y articulaciones con otras organizaciones y movimientos sociales que han permitido dar mayor fuerza a las diversas demandas compartidas.

Hoy se continúa trabajando para que la nueva carta magna garantice el derecho a migrar y al refugio, así como el resguardo de los derechos

³ <https://ninguserhumanoesilegal.cl/>

humanos de migrantes y refugiadas, pues de ello dependerá en buena medida la dignidad de las personas migrantes de hoy y del futuro⁴.



Fotografía: cortesía de Andrea Fuentealba.

⁴ Los artículos que componen este número se recibieron hasta el 15 de abril de 2022, por lo que la Convención Constituyente de Chile seguía sesionando al momento de la escritura de este artículo.

Luchas migrantes y feminismo

Crónica de una confluencia, a dos voces¹

Elizabeth Andrade Huaranga*
Fernanda Stang Alva**

Sandro Mezzadra sostiene que, si se observan en una temporalidad extensa aquellas prácticas materiales de confrontación y solidaridad que van generando las condiciones para que se produzca la insurgencia, “surge un espacio con una perspectiva diferente y más prometedora, que ofrece la posibilidad de construir coaliciones heterogéneas y bases comunes para que se produzca un encuentro entre los migrantes y otros sujetos en conflicto” (Mezzadra, 2012, p. 177), abriendo de ese modo el campo para pensar las resistencias al capitalismo tardío, como dice Amarela Varela Huerta.

* Mujer migrante, dirigentA de la organización “Rompiendo Barreras”, Macro-campamento Los Arenales, Antofagasta, Chile; miembro de la Red Nacional de Organizaciones Migrantes y del Movimiento Vivienda Digna. Premio Nacional de Derechos Humanos 2022. lichakim@hotmail.com

** Mujer migrante, académica del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Juventud (CISJU), Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago, Chile. Investigadora responsable del proyecto Fondecyt “Migración, precariedad y ciudadanía: de las tácticas de subsistencia a las estrategias de lucha” (3190674). fstang@ucsh.cl

¹ Para identificar gráficamente estas dos voces, los textos de la primera autora aparecen en cursiva.



Representación de la performance "Un violador en tu camino" de Las Tesis en Antofagasta, 29 de noviembre de 2019. Foto: Fernanda Stang.

En esta suerte de dueto de mujeres migrantes, queremos proponer una crónica reflexiva a partir de una experiencia individual -la de una de las autoras- que, vista en retrospectiva, puede leerse justamente como un encadenamiento de elementos y procesos en el que el movimiento feminista juega un papel relevante en un camino de creciente implicación de una persona migrante con demandas por el reconocimiento de derechos planteadas al Estado en el que reside. En ese encadenamiento, además, la violencia de género desempeña un rol protagónico, como en muchos de los casos de mujeres migrantes que se entrevistó en el proyecto de investigación del que parten estas reflexiones, que permitió el encuentro de quienes escribimos este ensayo. Son violencias que atraviesan sus trayectorias migratorias, en el país de origen, en el desplazamiento, en el país de destino, violencias que animan esas migraciones muchas veces; violencias que tributan a la evidencia respecto del carácter estructural de la dimensión de género en los procesos migratorios.

Me separé 3 veces, y la última vez que me separé, ya le dije: “va a ser definitivo”, y fue definitivo, porque yo lo decidí, y a mí algo que me motivó, y por eso yo tengo mucho cariño a las organizaciones de mujeres, es que justo estaba caminando por la calle, estaba trabajando de auxiliar de párvulos acá en un colegio y estaba pasando por la calle Matta. Allí había una intervención de mujeres, como las que hacen los artistas callejeros, y yo me acerqué a mirar. Estaba súper angustiada con lo que me pasaba, con la decisión que tomaba, porque de partida ya me estaba vulnerando, no tenía plata, muchas cosas, todo lo que conlleva la separación. Entonces vi esa intervención artística de mujeres, todas vestidas de negro, donde todas luchaban por ser libres y querer ser más, y en medio de eso, un muñeco gigante que representaba el hombre, que lo movían como títere, que no las dejaba, y ellas quemaron ese muñeco y lograron su libertad; yo no paraba de llorar, lloraba... lloraba, lloraba y lloraba, y decía “y si ellas pueden hacerlo, ¿por qué yo no?”. (...) Por eso, siempre que hay una intervención de mujeres, voy por dos razones: una, porque siento que es una sanación para mí importante, y otra, porque de repente quién sabe si con mi ánimo estaré animando a otra que está pasando por ahí a decir que “ya basta”.

El movimiento feminista ha tenido una incidencia incuestionable en la escena socio-política chilena de las últimas décadas, y especialmente en el último quinquenio, lo que se ha materializado muy claramente en algunos acontecimientos como las tomas universitarias feministas de mayo de 2018, las últimas marchas del 8M, y el impacto en el llamado “estallido social”, durante el último trimestre de 2019. El modo en que la performance de Las Tesis (“Un violador en tu camino”) movilizó a miles de mujeres a lo largo del territorio en ese contexto fue una expresión contundente de un cambio cultural en proceso, que ya lleva tiempo de latencia, y de una nueva mirada sobre la política y sus formas. Las mujeres migrantes que llevan varios años viviendo en el país advierten el impacto de ese cambio en sus biografías, esa es una idea que surgió con fuerza en las entrevistadas realizadas para este proyecto.

Acá en el Macro-campamento Los Arenales, comunidad de 75% de migrantes, y se podría decir que el 55% de esos migrantes somos mujeres, mujeres que han dejado sus historias, sus casas, sus vidas, y que han sido

violentadas de miles y millones de maneras, pero sin embargo tienen la posibilidad de encontrar en este Chile próspero y neoliberal -dicho con ironía- un nuevo sistema para cambiarlo, sin pensar que años después viene un estallido social; hace como 20 años atrás yo decía que Chile era lo mejor de la vida, hasta que yo también desperté. Entonces comienzas a descubrir que tu mundo no es una burbuja, que tu mundo no es un cascarón de huevo, y que tienes que romper para poder mirar más allá. Entonces, en ese proceso que yo iba viviendo de romper el cascarón, me encuentro conmigo misma, me encuentro con mis compañeras, y comenzamos a armar una organización.

Aunque las tomas universitarias, las marchas del 8M, o la presencia feminista en el estallido, constituyen formas de presencia evidentes, por su visibilidad, hay otras vías por las que el movimiento ha generado transformaciones que impactan en las trayectorias biográficas, e indirectamente organizativas, de las mujeres migrantes. La incorporación y creciente institucionalización del enfoque de género en el lenguaje del Estado chileno, desde comienzos de este siglo, es otra arista del impacto feminista. La creciente institucionalización de esta perspectiva de género en la política pública fue cuestionada por estar acompañada de un desperfilamiento crítico (Richard, 2008), pero implicó también su difusión y un mayor alcance, a través de herramientas como la incorporación de esta mirada a cursos de diverso tipo que se ofrecen muchas veces como condición para acceder a subsidios y beneficios. Aun así, es decir, a pesar de este acceso condicionado, este lenguaje se fue masificando, y abriendo paso además a su resignificación y reapropiación, lo que en algunos casos ha contribuido a la construcción de argumentos de lucha. Por otra parte, organizaciones de la sociedad civil que realizan trabajo comunitario o intervenciones sociales en diversos territorios fueron acercando por su lado los argumentos y demandas feministas, o bien acompañando desde su quehacer profesional en situaciones de violencia de género como la de carácter intrafamiliar, proveyendo ideas y herramientas asociadas al horizonte de la igualdad de género. La ONG Fractal desempeñó ese papel en la trayectoria biográfica y organizacional sobre la que estamos reflexionando en retrospectiva.

Yo sé todo lo que sé porque Fractal hizo que yo hiciera lo que hago, o sea, me conectó con la gente, me ayudó a empoderarme, me ayudó a salir de mi problema de violencia intrafamiliar, y me logró empoderar, porque son un grupo de psicólogos, periodistas y todo, y el resto bueno, ahora nosotros caminamos solos, pero en los primeros años ellos estuvieron ahí con nosotros. (...) El proceso de liderazgo que tuve fue como una catarsis, para poder salir y tener cosas con que entretenerme, para no morirme de depresión. Entonces, siendo así, ya conociendo aquí, conociendo allá, sin pensar, me quedé envuelta en muchas cosas, por ejemplo, como coordinadora local de la Red Nacional de Organizaciones Migrantes. (...) Ese rol se hace más activo cuando Fractal nos lanza al estrellato para hacer el centro comunitario, un jardín comunitario, luego viene la panadería comunitaria, y luego el proyecto internacional del SDI (Slum Dwellers' International), que nos ganamos para el proceso de estudio de suelo y mapeos [en el proyecto por radicar el campamento en este territorio].

En este caso, el feminismo cayó en un campo en barbecho que generó un encadenamiento potenciador, abriendo un abanico de demandas vinculadas a luchas por la igualdad de género, el acceso a la vivienda digna y el derecho a la ciudad, y en las luchas migrantes entendidas en un sentido amplio, como propone Victoria al hablar de “luchas de la migración” para referirse a aquellas que “aún si no se sostienen en la identidad migratoria de quienes las llevan adelante, sí expresan las múltiples desigualdades que atraviesan y configuran a los migrantes que transitan los espacios urbanos contemporáneos. Esto implica reconocer que la experiencia de la migración define las formas, temporalidades y acciones que adquiere la lucha, incluso si esta no se encuentra vinculada a la condición jurídica de la migración” (Perissinotti, 2016, p. 72).

Esta trayectoria migratoria y organizacional, aunque tiene ribetes excepcionales, es representativa de otras que hemos conocido en este proyecto de investigación, y permite advertir la latencia de otro proceso: la transformación de las ideas y prácticas asociadas a la noción de ciudadanía en el hacer cotidiano de estos dirigentes migrantes que a diario despliegan haceres y decires en sus territorios, interpelando como “sujetos de derechos” -para usar esa categoría que escuchamos bastante en el discurso de algunos de ellos- al Estado en el que residen. En esas

prácticas cotidianas, que pueden entenderse como precondiciones de movimientos o luchas organizadas, se va erosionando, de manera lenta pero inexorable, esa separación arbitraria que instituye el Estado-nación entre ciudadane y extranjere (no ciudadane).

Entonces, para volver a la idea con la que abrimos este texto, así como el estallido social chileno fue un ensamblaje catalizador de diversos actores y demandas, en el que la confluencia del movimiento estudiantil y el feminista fue central, las luchas de la migración muestran en trayectorias como la que compartimos aquí, sus potencialidades para articular “sujetos en conflicto” con potencialidades de transformación social.

REFERENCIAS

- Mezzadra, Sandro (2012). Capitalismo, migraciones y luchas sociales. La mirada de la autonomía. *Nueva Sociedad*, 237, 159-178.
- Perissinotti, María Victoria (2016). Un lugar donde vivir. Las luchas migrantes por el acceso al espacio urbano en la ciudad de Córdoba (Argentina). *REMHU - Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, XXIV(47), 59-76.
- Richard, Nelly (2008). El repliegue del feminismo en los años de la transición y el escenario Bachelet. En *Feminismo, género y diferencia(s)* (pp. 67-86). Santiago: Palinodia.

“Trabajar con el corazón y alborotar el avispero”

La resistencia al racismo de Lorena Zambrano

María Emilia Tijoux*

|

Desde los años noventa, personas de América Latina y del Caribe comenzaron a llegar a Chile como inmigrantes buscando refugio y trabajo. Pero ante una sociedad que históricamente se ha pensado y se ha sentido homogénea, debieron enfrentarse a rechazos atados al racismo, un sistema de creencias que construye diferencias entre los seres humanos bajo el supuesto de que hay unos superiores y otros inferiores. Como producto del racismo, la “raza” se ha erigido como el marcador que justifica y naturaliza la violencia, construyendo “un Otro que el Nosotros -chileno-” generaliza, para señalarlo como un todo y advertir que el racismo no es un fenómeno individual propio de los sujetos racistas,

* Profesora Titular, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. maemiliatijoux@gmail.com

ni un hecho aislado, sino una formación histórica-estructural que, adquiriendo diversas formas a través de la historia, mantiene componentes que pueden modificarse. Por ejemplo, en Chile, y en lo que atañe a la población migrante, según la data de llegada o las características de discursos que racializan “por turno” y según convenga: a personas peruanas, ecuatorianas y bolivianas, posteriormente a personas colombianas, dominicanas y haitianas, y hoy a personas venezolanas. Es en este marco problemático que el presente texto busca abrir la reflexión sobre el racismo contra las migraciones a partir de la palabra de una dirigente social que le ha hecho frente³.

Cuando una persona ingresa a Chile como *inmigrante*, se pone en funcionamiento un proceso de racialización caracterizado por la reducción categorial que la sociedad le impone a partir de estereotipos asociados que implican una alteridad histórica y política que parece insuperable. La persona inmigrante provoca en les nacionales incertidumbre y temor, debido a un racismo defensivo basado en el miedo y traducido en prácticas y discursos que contienen violencias constatadas en las dificultades del acceso a derechos, las humillaciones cotidianas o los ataques físicos. Palabras como “migración”, “migrante”, “inmigrante” surgirán negativamente, postulando las “diferencias” que abren procesos de racialización. El (mal)trato será visible en los encuentros cotidianos, fraguando un racismo formulado en las rutinas más comunes para informar de una realidad impuesta que contiene el sentido común que la objetiva y naturaliza. Son actos acumulados en gestos de desprecio, insultos mascullados o gritados que aluden a la corporalidad, al origen, el género, el sexo, la edad o la condición económica. Lo que acontece en el marco de un encuentro cotidiano, que suele parecer normal para las personas chilenas, es problemático para las personas migrantes. La palabra de Lorena lo demuestra.

³ Sobre la palabra de Lorena, esta corresponde en una primera parte a un encuentro entre organizaciones migrantes y a conversaciones que hemos tenido durante el mes de abril de 2022.

Lorena Zambrano es dirigente de la Asamblea Abierta de Organizaciones Migrantes y Pro migrantes (AMPRO) de Tarapacá, una articulación de organizaciones locales de esta región del norte del país, de la Red Nacional de Organizaciones Migrantes y pro Migrantes de Chile y del Movimiento de Acción Migrante. Estudia Trabajo Social al mismo tiempo que trabaja y se ocupa de su familia. Desde 2014 ha trabajado colectivamente para resolver problemas como la alimentación, la vivienda y la salud: *“Si bien entendemos que los migrantes también tenemos obligaciones, esas obligaciones no se pueden cumplir cuando la primera barrera es un Estado que nos vulnera, que nos apresa y que se niega a que esta migración va a seguir”*.

Para Lorena: “Hablar de racismo es lo mismo que hablar de migración, es como si el racismo no existiera, salvo en ciertos hitos, cuando entran las migraciones fuertes. Desde el 2009, el 2011 cuando llegaron colombianos, el 2013 cuando llegaron cubanos y dominicanos, en 2014 con los haitianos y ahora con la comunidad venezolana. Es durante esos procesos que se habla de racismo, cuando se trata de comunidades migrantes y solo en esos momentos o cuando llegan las campañas de los gobiernos. Allí repunta el racismo”. Si seguimos sus propósitos, comprobamos el lazo entre migraciones contemporáneas y racismo. Tal como señalábamos, es contra las personas migrantes latinoamericanas y del Caribe -y no contra personas extranjeras bienvenidas y turistas- que el racismo revive. Lorena es clara indicando que migraciones y racismo parecen ser uno solo.

Por ejemplo, el trabajo realizado por personas migrantes se anuncia en múltiples exigencias y en discursos anti-inmigrantes, destacando cómo las organizaciones enfrentan discursos que afectan a las mujeres cuando la otredad ha sido internalizada y el racismo es develado por los colectivos:

“El Estado nos obliga a trabajar el triple, como si fuéramos máquinas. Entonces en las organizaciones hemos tenido que hablar de cómo enfrentar

estos discursos xenófobos y racistas y decirles: mire, esto es violento, usted me está violentando a mi persona y a mi comunidad y como mujer me siento violentada, racializada e hipersexualizada. Es claro, es saber decirles cómo nos afecta cuando una es un Otro y qué pasa cuando ese Otro no eres tú. Hay también un racismo institucional escondido en las noticias. Los procesos que hemos vivido con las últimas oleadas de migraciones y hasta la fecha no han parado y siguen siendo brutales. Y más que discriminación, que es la palabra que tanto se repite, ahora esto es racismo. Hoy más que nunca. Incluso hoy día ser negro pasó de moda y ser venezolano es una moda, es decir, se margina y se racializa a esa persona. Esa es la moda”.

Sobre el trabajo colectivo y su labor en las organizaciones donde participa, Lorena considera lo siguiente:

“Yo estudio Trabajo Social, donde la profesora ha dicho que hay gente que nace con esto y que eso hay que trabajarlo. Yo creo que nací con esto, con la empatía, la reciprocidad, la sororidad. Es tan difícil que, por fuera de los egos, una pueda sentarse a la misma mesa y llegar a un punto de encuentro que es también lo más complejo: unir a este montón de cabezas que, aunque trabajando de distinta forma, llegue a las mismas conclusiones. Estábamos todos dispersos sin saber que existíamos. Tuvo que llegar el estallido y las ollas comunes para que nos diéramos cuenta de que éramos uno y que estábamos allí y que el simple hecho de matar el hambre nos unió y nos hizo conocer cuán importante era el valor del trabajo de los territorios y fortalecernos en conjunto. Aprendemos de uno y del otro para que los trabajos se fortalezcan y ser uno solo contra el Estado. Porque vivimos peleando de luchas particulares y no del conjunto. Hay que hablar de niños en amplitud, hablar de mujeres en amplitud, de las y les familias en amplitud, a no tener miedo ser del LGTBI migrantes. Hay que llevar el trabajo de todos los compañeros en una sola voz, lo que también es difícil pues depende cómo te sientas enfrente de una persona superior a ti, y ser capaz de sentirte igual y decirle en plena voz con palabras propias, todo lo que expresas. Eso es lo complejo. Y sentirte una persona en igualdad de derechos, en igualdad de condición de pensar y decir no, y en igualdad de negociación colectiva hacia la comunidad y no hacia un bien estatal. Se trata de hablar libre y sin temor, sin dejarse embaucar por la atracción del dinero”.

Así, el trabajo se ha mantenido. Nos preguntamos por esa fuerza y por el modo en que continúa. Lorena nos dice: “Se trata de trabajar con el corazón. Porque a pesar de las necesidades personales que una también tiene, y aunque la gente a veces crea lo contrario, incluso pensando que tal vez nos pagan por lo que hacemos, a veces una está sin empleo, o tiene la mamá enferma, pero a pesar de esas limitaciones hacemos un montón de cosas, pidiendo a uno, pidiendo al otro. Pero al mismo tiempo lo hacemos estudiando, escuchando, porque hemos tenido que aprender a veces a la fuerza. Incluso sentándonos con el enemigo, pero siendo correctas, con el fin de salir adelante. Eso da cuenta de la resistencia que hemos tenido trabajando colaborativamente, haciendo campañas a nivel nacional. Somos una de las organizaciones más jóvenes dentro de la región. Somos un grupo de locos capaces de alborotar el avispero. Llevamos cinco años de resistencia con organizaciones de la sociedad civil, unidos en esta gran labor social que se llama derechos humanos. Porque todo se resume a eso. En el derecho a migrar, a una vivienda, a la salud, en el derecho a ser mujer. Y que me dejen de decir ‘la migrante’ y me llamen la señora o me digan ella, la mujer. Que no me categoricen. Y eso ha costado sangre, sudor y lágrimas como dice la canción. Y hay que reeducarse, deconstruir realidades para volver a construir desde nuestra mirada otro concepto”.

Cuando le preguntamos qué hacer, ella responde refiriéndose a lo que vive toda persona que sufre de la exclusión:

“Creo que esto parte por la educación también. Falta todavía, porque la educación hoy día deja mucho que desear. En la primera infancia, por ejemplo, con los niños: ¿acaso no son capaces de entender? Claro que pueden entender, de forma más lúdica, pero entienden cómo deben tratar a la gente. Ha sido tan brutal este proceso del claustro con la pandemia, que lo que antes los niños no hacían, hoy sí lo hacen, ahora sí discriminan, racializan y odian. Todo lo que antes tratamos de impulsar, ahora no resulta. Porque vivieron dos años rodeados de ese tipo de personas, escuchando noticias nefastas una y otra y otra vez, como un cassette, y eso aprendieron... y que un niño se suicide en una escuela es producto de la violencia psicosocial, de no hablar de salud mental y de lo que escuchó en su casa. Por ejemplo, si eres hijo de una persona anti-inmigrante que trató de ver la migración antes de otra forma, estando encerrado era lo

que escuchaba todo el día. Y al salir a la calle sale con toda esa rabia, entonces: ¿quién repara estos dos años de mentalidad emocional? Hoy día la sociedad no está preparada para una integración. Es como aprender de nuevo a gatear para luego caminar”.

III

Lorena entrega más que una palabra o una sugerencia. Su experiencia acumulada está llena de un conocimiento que precisa ser difundido y enseñado, al igual que otras vividas por tantas organizaciones sociales cuyas voces no suelen ser consideradas.

Independientemente de las voluntades políticas o los acuerdos internacionales que llaman a la inclusión, el racismo se expresa en la vida cotidiana que da cuenta de aquella homogeneidad tejida históricamente para mostrar la supuesta igualdad de la sociedad chilena. La “raza” que marca a las personas migrantes deviene en aquel principio ordenador que Chile ha propuesto, por ejemplo, en la política de “ordenar la casa”, que actualiza el racismo colocándolo en las políticas migratorias, al mismo tiempo que en el deseo de destrucción que permanece en el “alma nacional”.

Por una parte, hay que buscar al racismo en la historia de nuestra sociedad específicamente, y por otra, en lo que acontece en los tantos encuentros breves que al repetirse terminan por naturalizarse hasta volverse costumbre. Solo que la naturalización de la “raza” como del racismo -y como dice Lorena cuando advierte que solo aparece cuando llegan los migrantes de nuestra región- termina por justificar los castigos contra quienes, señalados como “inferiores”, surgen como enemigos del país al cual han llegado. Hablar de migración es hablar de racismo. Lorena Zambrano lo sabe por su experiencia cotidiana de vida migrante. Por lo tanto, es necesario analizar el racismo y buscarlo allí donde más se esconde. Y porque la unidad de la humanidad está en cuestión, hay que buscar también de dónde proviene dicho ideal humanitario y cuáles son los riesgos que corren las personas migrantes en ese contexto. Mientras tanto, vale la pena seguir la ruta subversiva de Lorena Zambrano, aquella que propone “alborotar el avispero”.

Relato de una migranta en Naranjito

Del reciclaje a otras luchas

Lourdes Coromoto Aldana*

Venezuela es hoy consecuencia de una mala gobernabilidad democrática, tal como es sabido públicamente. Como venezolana, en 2018 me llegó el momento de salir a buscar nuevos horizontes donde reiniciar y establecer mi vida. Solo llevaba una maleta, esperanza y fe. Fue una decisión muy dura y difícil de asumir para una persona como yo, una mujer de 52 años. Es difícil tener la fortaleza para dejar toda una vida atrás, forzada por circunstancias muy desfavorables. Para mí, se trataba de acelerar la muerte o buscar la salvación. Salí de Venezuela sin documentación de títulos académicos de ningún tipo, solo me acompañaban mi cédula de identidad y mi pasaporte vencido, pues los trámites burocráticos en mi país viven en eterno letargo.

Dejé Venezuela y llegué a la primera frontera al amanecer, apenas los militares apartaban los portones que cerraban el paso al Puente Internacional a Colombia. Iba junto con un torrente de connacionales que avanzaban desesperados a empujones y a pasos acelerados, como huyendo de algo, aterrorizados. Al otro lado del Puente Internacional se iban difuminando, mientras yo, con mi maleta bien agarrada y abrazada de mi

* Mujer migrante, miembro de la organización Corredores Migratorios de Ecuador, mamiyi2020@gmail.com

bolso de mano, caminaba como mejor podía para no ser atropellada por el gentío desesperado. Llegué a La Alcabala-Cúcuta, donde ubiqué una agencia de viajes accesible a mi pequeño bolsillo, solo contaba con 80 dólares. Como mejor pude, obtuve mi pasaje directo hasta Rumichaca. Mientras esperaba la hora del viaje, me quedé en las instalaciones de la agencia de viaje. Allí vi cómo llegaban cantidades innumerables de connacionales que acababan de atravesar la trocha. Era un espectáculo desolador y triste ver cómo niños y ancianos llegaban cubiertos de lodo y hambre. Se podía ver en sus rostros el encuentro de sentimientos al saber que lo malo quizás había quedado atrás, que la crisis social y existencial en la que habíamos caído se iba desdibujando, y que nos esperaba un futuro incierto, pero en el que quizás tendríamos la posibilidad de una nueva vida.

Yo jamás había vivido una crisis social tan depravada en mi país, donde la violación a los derechos humanos está a la orden del día y la vida simplemente no vale nada, donde el opresor satisface sus caprichos imponiéndose al ciudadano común, coartándole el libre goce y disfrute de sus derechos. Una vez que emprendí mi viaje desde Cúcuta, me esperaban tres días de camino en bus, tres días con sus noches sentada en la butaca. En el trayecto, solo hubo una parada para ir al baño y estirar un poco las piernas. Ya en Rumichaca ubiqué el control migratorio de Colombia para obtener mi Carta Andina. No se me hizo complicado ubicarlo por la larga cola de gente que se veía desde lejos. Eran las nueve de la noche cuando llegué a la fila de espera del punto de control migratorio del lado colombiano. A las 3 de la madrugada logré ingresar para ser atendida y a las cinco de la mañana me entregaron mi Carta Andina. Me aquejaba el frío inclemente de esas horas. Las primeras luces del día anunciaban mi entrada a Ecuador.

Ticket en mano, ingresé a territorio ecuatoriano. Pasé por una espera interminable para sellar mi entrada. Seguí directo a la provincia de Guayas, cantón Naranjito. El paisaje y el clima eran hermosos, mis ojos vieron muchas cosas. ¿Que por qué llegué directo al cantón Naranjito? Mi pareja nació en Ecuador. Nos conocimos en Venezuela porque él había hecho la migración en el otro sentido, desde un cantón llamado Marcelino

Maridueña, donde creció, hacia mi país. Mi compañero de vida vivió en Venezuela nada menos que 32 años, se nacionalizó venezolano e hizo su vida allá. Allá también enviudó. Había migrado con su esposa y dos hijos pequeños. Allá tuvieron su tercero. Una vez que enviudó, nos conocimos. Ya juntos nosotros, él retornó a un país, del que se había ido décadas antes, y decidió establecerse en Marcelino Maridueña. Una vez instalado, lo seguí yo.

Acordamos establecernos en Naranjito porque allí había una empresa recicladora en la que podíamos trabajar, él ya retornado, y yo con mis papeles. Arrendamos un cuarto pequeñito y yo empecé a trabajar, llegué como jornalera directo a la empresa recicladora. Y así, siendo chatarrera, me abrí camino en esta tierra. Fui la primera mujer venezolana chatarrera en esa empresa. Con el correr del tiempo, llegaron varias mujeres, pero por falta de papeles no pudimos seguir trabajando.

Fue cuando inició mi calvario. A pesar de haber ingresado regularmente, vencieron todos mis documentos aquí, así que tuve que iniciar un tortuoso proceso para renovar mi pasaporte. En aquel tiempo hubo una prórroga para este documento, el pasaporte venezolano tenía opción de hasta dos prórrogas en el pasado. Yo obtuve el mío tras casi un año de espera. Y luego, tras casi ocho meses de una segunda espera, obtuve la cita para mi reseña, uno de los pasos para obtener un nuevo pasaporte.

Al no tener papeles, las personas venezolanas sufrimos explotación laboral y estafas frecuentes trabajando por jornada como chambaleros/as/es. Muchas veces nos burlan el pago. Eso me sucedió tras haber salido de la recicladora. Me dediqué a trabajar por día limpiando casas, cuidando niños y trabajos por el estilo con personas que he ido conociendo, pero en un principio fui burlada en mi paga. Una vez, después de un día entero trabajado, me pagaron 6 dólares. Fue muy dura esa experiencia, me costó superarla porque fue denigrante. No tener papeles significa que vamos a estar expuestas a estas formas de discriminación todo el tiempo. Yo tengo educación universitaria, valoro el respeto, siempre seré justa con mis semejantes, por eso me golpeó tanto ese encuentro con la injusticia.

En fin, aquí en Naranjito, tierra de caña de azúcar, cacao, chanchos y verde, cantón en plena vía al desarrollo urbanístico, aún vemos casas de caña. Son pocas las edificaciones de varios pisos de altura, lo común son viviendas con techo de zinc, con gente cálida y respetuosa en su gran mayoría, cordial y amable. Han hecho más ligera mi carga de ser una migrante en situación irregular. Por suerte, en este cantón la xenofobia no es tan marcada como en otras regiones, aquí la población migrante venezolana trabaja como mano de obra en restaurantes, panaderías o fincas. Escándalos callejeros xenófobos no se ven por estos lados, quizás por el muy bajo número de personas migrantes venezolanas.

En 2021 conocí el colectivo Corredores Migratorios. Me había llegado su convocatoria para la Escuela Popular de Derechos para la Movilidad Humana que abrían para trabajar en justicia migrante. Postulé y pasé a formar parte de ella en jornadas educativas en las que participé en un proceso de co-aprendizaje muy valioso y nutritivo, que me permitió involucrarme en el tejido de una red hermosa de frentes y espacios activistas. Promover espacios comunitarios multiplicadores de derechos humanos es fundamental. Gracias a estos procesos puedo decir que tengo derechos como migrante en este país.

Ahora formo parte del proceso social, político y afectivo que es Corredores Migratorios. Apostamos por afianzar nuestros saberes en defensa de una migración digna, y promover la conciencia de que merecemos estabilidad social, educativa, laboral, cultural y en materia de salud. Corredores Migratorios se fundó en 2018 como colectivo y medio independiente y empezó a funcionar en 2019. Nuestro objetivo principal es promover la justicia migrante y construir respuestas contra el cierre global de fronteras. Sabemos que las migraciones son multidireccionales, que hay miles de personas deportadas, asiladas, retornadas, sin papeles y en “proceso de regularización” a lo largo y ancho del mundo. También sabemos que los estados coordinan la expulsión, el despojo y la exclusión de millones de personas a la vez: la ausencia de mecanismos efectivos de regularización, las políticas anti-migrantes, la despolitización de las subjetividades y luchas por la movilidad humana, el asistencialismo internacional, son formas de debilitar la migración como un movimiento

social. Creemos en el tejido que junta a personas en movimiento, organizaciones que las acompañan y contribuyen a politizar sus luchas, y buscamos la integración real de las comunidades migrantes, más allá del lenguaje tecnocrático, los fondos otorgados para agendas demasiado alejadas de nuestras vidas cotidianas y la burocratización de nuestra existencia.

Nuestros países nunca han estado preparados para recibir o afrontar las migraciones amplias. Por inoperatividad tecnológica y otras razones, Venezuela ha colapsado su Sistema de Identificación para pasaportes, legalización y apostillado de documentos. Yo lo estoy viviendo en carne propia a pesar de tener cuatro años en Ecuador. Esto quiere decir que no solo somos una migración inesperada, sino que debemos hacerla sin papeles y sin esperanza de papeles, y muchas veces, cuando podemos obtenerlos, se deterioran en los largos viajes que tenemos que hacer en bus, a pie, a nado, cruzando selvas, páramos y caminos peligrosos. Pero sabemos que nuestros derechos son derechos también cuando no tenemos papeles, y que eso no nos hace indignas de trabajar, vivir, construir una vida donde estemos.

La mayoría de nosotres, les venezolanes solo salimos con cédula de identidad. Iniciamos recorridos a través de fronteras por pasos llamados “trochas”, a riesgo de ser víctimas de actos vandálicos, arriesgando nuestras vidas. Hay hechos que hacen particularmente difícil la masiva migración venezolana, a diferencia de otras. Recordemos, por ejemplo, que en 2019 se produjo el cierre de fronteras de Venezuela a Colombia y a Brasil, como medida arbitraria contra la ayuda humanitaria que en ese entonces intentó ingresar a Venezuela. También sabemos que toda migración está atravesada por la violencia social. Personas de conducta “irregular” salen de mi país con ánimos de continuar malos comportamientos en otros lugares, y eso también hace que se nos cierren fronteras. Las personas migrantes no somos intrínsecamente buenas ni malas, somos personas en movimiento. Pero unas migraciones se criminalizan más que otras. Ante la pandemia de COVID-19, fuimos llamados “bioterroristas” por nuestro propio gobierno cuando intentamos retornar a Venezuela. Por eso, en 2019, Ecuador implementó como requisito

obligatorio presentar antecedentes penales apostillados para la Visa Humanitaria (VERHU). Solo con una cédula, con fronteras cerradas y criminalizándonos de antemano, es muy difícil avanzar para preservar nuestra vida.

Simultáneamente, se inició para ese entonces en Ecuador un proceso de regularización migratoria para población venezolana en territorio ecuatoriano. Hoy seguimos a la espera de esa jornada de regularización migratoria ofrecida por el gobierno actual de Ecuador. Países como Perú y Chile han implementado la exigencia de documentación para ingresar a sus territorios, se suman México y Panamá, y desde finales del 2021 el éxodo venezolano se ha intensificado con dirección a las Islas Neogranadinas, México y Estados Unidos. En el continente, la migración venezolana es tenida como motivo de inestabilidad social. En países como Ecuador, Perú y Chile, la xenofobia y la discriminación marcan un elevado índice, nos ven como criminales en masa. En Ecuador, vemos cómo la migración venezolana ha sido percibida y tenida como factor de inseguridad ciudadana por parte de gobiernos locales, usando ese factor incluso como criterio para elaboración de política pública.

Pero no somos eso que dicen, y también vivimos violencia. El femicidio es un factor determinante de riesgo hacia las migrantes venezolanas; decenas de mujeres han perdido la vida a manos de sus parejas o agresores en Ecuador, en Guayaquil y Manta, por mencionar solo dos lugares puntuales. No hay justicia para estas mujeres, por el solo hecho de ser migrantes venezolanas. Nosotras migramos dejando atrás toda una vida, afectos, familia, y aquí nos asesinan sin que nadie diga nada.

Por un sinnúmero de razones económicas y políticas, nosotras estamos forzadas a salir de Venezuela en búsqueda de otras vidas. La obstinación de grupos políticos particulares por aferrarse y perpetuarse en el poder mediante la fuerza es una razón real y cotidiana de salida del país. Hoy existe sed de libertad en Venezuela. La historia demuestra que un orden institucional que garantiza los derechos de las personas en un ambiente

de convivencia pacífica produce bienestar y justicia. Es precisamente esa convivencia la que va creando tejido social. Lo que requiere Venezuela es una democracia donde las personas puedan alcanzar sus propios sueños. Mientras eso no pase, tendremos que salir, cruzar, nadar, caminar, luchar.



Boletín del Grupo de Trabajo
Migración Sur-Sur

Número 2 · Julio 2022